



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|---------------|
| MADRID Y PROVINCIA | |
| Un mes..... | 1,50 pts. |
| Tres meses..... | 4 " " |
| Seis meses..... | 7,50 " " |
| Un año..... | 15 " " |
| CUBA Y PUERTO RICO | |
| Seis meses..... | 2 1/2 ps. fs. |
| Un año..... | 4 " " |

NÚMERO 24.— Madrid 31 de Diciembre de 1893

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|------------|
| EXTRANJERO | |
| Seis meses..... | 11 francos |
| Un año..... | 21 " " |
| FILIPINAS Y AMÉRICA | |
| Seis meses..... | 3 ps. fs. |
| Un año..... | 5 " " |

BELLAS ARTES



Mojado hasta los huesos (Cuadro de Souza Pinto).

SUMARIO

TEXTOS

La Quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Nochebuena, por Manuel Polo y Peyrolón.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Sonetos (cantos de la Biblia), por Francisco Jiménez Campaña.—Las mujeres de los sectarios, por Antonio Balbín de Uaquera.—Las madres «fin de siglo», por Carlos Amer.—Estar de más (relación), por Fernán Caballero.—Reclamos y anuncios.

GRABADOS

Mojado hasta los huesos (cuadro de Souza Pinto).—Base de la torre Eiffel, en París.—En el templo (grabado de Alberto).—Paisaje de las Amazonas (Brasil).—El Portal de Belén (cuadro de Glinet).—Reverendo P. Francisco Jiménez Campaña.—La sacra Familia (cuadro de Guido Reni).

LA QUINCENA

CON este número cerramos el tomo XV de nuestra publicación. Al contemplar el camino ya recorrido y el que ante nosotros se abre en el misterioso porvenir, hondas reflexiones se nos ocurren y miles de ideas nos asaltan. ¿Hemos cumplido hasta ahora como buenos? ¿Tendremos perseverancia hasta el fin? Lo que no nos atormenta, gracias á Dios, es el desaliento, vicio que sólo conocemos por referencias. Iremos hasta donde materialmente podamos ir, sin apresuramientos, hijos del falso entusiasmo; pero con paso firme, y confiando en Dios y en nuestros buenos amigos, que esperamos no han de abandonarnos en la empresa.

**

Los escándalos del Panamá constituyen el asunto desgraciado que solicita más poderosamente la atención del público en estas postrimerías del año. Inmensa oleada de cieno envuelve á los hombres más conspicuos de la República francesa, y amenaza tragarse á ese partido republicano, corrompido y sectario, que hace tantos años viene regenteando los destinos de Francia. Los acontecimientos se precipitan en París con la rapidez del drama. Una á una hemos visto derrocarse y hundirse las fortunas políticas que parecían más sólidamente afirmadas. *La debacle* va adquiriendo de un momento á otro mayores proporciones. Hace pocos días, la noticia de la dimisión de monsieur Rouvier puso en conmoción á toda Europa; ayer llamaba la atención el encarcelamiento de los administradores de la empresa el Canal de Panamá; hoy vemos á diputados y senadores arrastrándose por el lodo y haciendo declaraciones que manifiestan hasta qué extremo pueden conducir la irreligión y el ateísmo ayudados por el desenfreno de las pasiones.

No se puede predecir el punto donde llegará á detenerse el desarrollo de tanto escándalo.

Las periódicos hostiles al Papa tratan de sacar partido de este malaventurado asunto de Panamá.

Hablan de la liquidación de la república, palabras que no responden en manera alguna á la realidad de la situación, y dicen que en mal hora aconsejó el Soberano Pontífice la adhesión de los católicos á la república.

En la cuestión de Panamá no se discute realmente la república; los que están en tela de juicio son los antiguos republicanos, los que durante diez años ejercen el Poder y dirigen y administran al país.

El proceso de Panamá es la liquidación de todo el personal republicano que trata á Francia como á país conquistado, y que no se ha cuidado de gobernarla, sino de explotarla y oprimirla. Parece que no era otra su misión, sino la de vejar á los católicos y enriquecerse.

El partido republicano tomó como emblema de su bandera la de los partidos de los Estados Unidos: *To the victors the spoils*. Los despojos para los vencedores.

Laización y especulación: tal fué su consigna.

Pero todo se expía aquí abajo, tarde ó tem-

prano; las persecuciones, ya sean á lo Juliano el Apóstata, ó á lo Diocleciano, acaban siempre por costar muy caras á sus autores; primero producen desprestigio, y conducen más tarde á la deshonra. El Panamá se ha convertido en el castigo del anticlericalismo oficial. Hay un proverbio que dice que «Dios no paga todos los sábados, pero.. acaba siempre por pagar».

Los recientes acontecimientos de Francia, lejos de contradecir ó debilitar la política pontificia, vienen, por el contrario, á facilitar su triunfo. La liquidación del personal republicano actual demuestra la necesidad de un personal nuevo, no comprometido aún en las luchas de secta ó en las intrigas de la especulación.

¿Y dónde encontrarle sino entre los elementos nuevos que han permanecido hasta ahora á la expectativa, y que siguiendo hoy los consejos de León XIII, vienen á reclamar su puesto y á reivindicar una participación legítima en la dirección del país?

Los escándalos de Panamá vienen á reforzar y afirmar esa necesidad y ese deseo intenso que tiene Francia de un Gobierno fuerte y honrado. Ante la disolución y la ruina, con que se hunde el viejo partido republicano, los católicos, que representan la parte más sana y la más numerosa del país, son los que están llamados á satisfacer esa necesidad y á llenar ese deseo. A la República especuladora y anticristiana debe suceder la República honrada y católica, único régimen posible que puede asegurar el porvenir y la prosperidad de Francia.

**

A los buenos católicos de Madrid nos aflige en estos momentos el ultraje que los protestantes tratan de hacer á nuestras creencias y sentimientos inaugurando con cínicos y tumultuosos alardes una capilla de la secta, construída *ad hoc* y con aparato arquitectónico pseudo-religioso. Este hecho lamentable ha sido causa de una universal protesta por parte de todos los católicos. El Sr. Nuncio de S. S., nuestro Reverendo Prelado, las señoras de la aristocracia y de la clase media y los periódicos católicos sostienen actualmente una enérgica campaña contra los protestantes y de petición á los Poderes públicos para que impidan el escándalo que se trata de perpetrar. ¡Quiera Dios que consigan todos el galardón de sus nobles y santos esfuerzos!

**

De nuestra política interior, nada es tan saliente en la última quincena como el último asalto al presupuesto dado por los vencedores en la última crisis. Pero parece que ya esto de los empleos no es tan mollar como otras veces; la mayor parte de los fusionistas se quejan por ahí amargamente de haberse quedado sin destinos y casi sin esperanzas de obtenerlos más adelante. Con las economías introducidas en el presupuesto de Gobernación se ha reducido considerablemente la plantilla de aquel centro ministerial, y en los demás departamentos parece que se hará cosa semejante. Por otra parte, se ha suprimido el sueldo de 3.000 \$ de que disfrutaban hasta ahora los consejeros de Estado, los cuales no tendrán de aquí en adelante más que dietas de cincuenta pesetas por sesión. Se calcula que un consejero de Estado cobrará por este nuevo sistema unos 16.000 reales al año, menos que un comandante de Ejército. Según se ve, las economías parece que van de veras.

Entre tanto, el partido conservador sigue dando el espectáculo lastimoso de sus divisiones intestinas. Los ánimos de los dos bandos se agrían, y gracias á que el Sr. Silvela se ha separado de la política activa, prestando un gran servicio á su partido. Sin él, la disidencia no vale nada, y poco á poco se disipará, regresando casi todos los que la sustentan á la casa paterna del partido conservador, ó sea al grupo acaudillado por el Sr. Cánovas del Castillo.

En esta situación terminan los partidos políticos su campaña de 1892. En el campo que algunos llaman ilegal, ó sea en los partidos que no quieren turnar en el Poder bajo la presente dinastía, vemos á los republicanos cada vez más divididos, y á los carlistas organizándose en círculos y sociedades bajo la jefatura del señor Marqués de Cerralbo.

¿Cuándo llegará el día en que la política española no se reduzca á la lucha constante y enconada de las facciones!

Digamos con Alarcón:

«México, Portugal, Gibraltar y Marruecos nos esperan hace mucho tiempo.»

**

Los periódicos católicos se quejan, y con justicia, de la licencia escandalosa de que disfruta la prensa sectaria para escarnecer los dogmas de nuestra Religión. Esto no lo autoriza, ni la Constitución del Estado, ni el Código penal.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Mojado hasta los huesos (cuadro de Souza Pinto). (Pág. 369.)

El asunto de este cuadro es del género realista, hoy tan en boga, y en el que cabe sorprender tantas bellezas, tomado de esas escenas frecuentes en las familias pobres. Un muchacho travieso que jugando con otros de su misma edad se ha zambullido en un estanque, vuelve á su casa hecho una sopa, como vulgarmente se dice. Su madre, al recibirle en tal situación, le ha propinado una fuerte paliza, secándole su cuerpo á fuerza de golpes. El artista ha sabido interpretar perfectamente el asunto dándole color de realidad. Esta obra figuró en el Salón de París, mereciendo justos elogios de la prensa, que considera al artista Souza Pinto como uno de los principales pintores portugueses. La Nochebuena, que es también fiesta del hogar, da á esta escena de interior doméstico cierto interés de actualidad. ¿A quién no han sucedido aventuras semejantes? ¿Quién no tiene en el fondo de sus recuerdos la imagen de alguna escena por el estilo, en que figuró hace muchos años como protagonista ó actor principal? El realismo, cuando sorprende estos cuadros, es fuente de poesía altísima y conmovedora.

Base de la torre Eiffel, en París.—(Pág. 372).

De sobra son conocidas las gigantescas proporciones del coloso de hierro que elevaron en París durante la última Exposición universal. Nuestro grabado da idea gráfica de ellas, reproduciendo la base del monumento, el primer piso pudiéramos decir, ó en lenguaje más figurado, las pantorrillas del gigante; estuerzo supremo de la industria moderna, que en sus manifestaciones más amplias casi se confunde con el verdadero arte. Los espíritus superiores darían, no una, sino cien torres Eiffel por uno de los campanarios de la Catedral de Burgos ó por la Giralda de Sevilla; pero no extrememos, sin embargo, las cosas; en la torre metálica de París, si no belleza delicada, hay mucho de imponente y grandioso. Aquella mole de hierro anonada, y no hace, no, pensar melancólicamente en lo pasado, pero sí abre al espíritu horizontes para fantasear de lo lindo sobre el porvenir. ¿Qué será esta especie humana en los venideros siglos? ¿Hasta donde llegarán sus progresos, poseyendo medios tan asombrosos de acción industrial?

En el Templo (grabado de Alberto).—(Pág. 373).

Con gran fervor está rezando la inocente aldeana de nuestro cuadro, utilizando el reclinatorio y el libro que su señora ha dejado en el templo.

Este sencillo argumento no es más que un pretexto para componer y dibujar una hermosa figura, quizás un retrato de persona determinada y conocida, ó amada por el compositor.

Paisaje de las Amazonas (Brasil).—(Pág. 376).

El Amazonas es el río más grande del mundo, y el mayor, por lo tanto, del continente americano; re-

corre unas 600 leguas de longitud, y tiene 40 de ancho en su embocadura. Lo descubrió el intrépido Orellana el año 1540, cuando fué enviado por Gonzalo Pizarro en busca de viveres en su expedición á las tierras donde se cría el árbol de la canela. Dióle Orellana el nombre de Amazonas, porque siendo atacado por los indígenas, vió entre ellos á muchas mujeres armadas, que le recordaron las que habitaban en la antigüedad en las orillas del Termodonte.

El Portal de Belén (cuadro de Glinz).—(Pág. 377).

Sabido es que Owerbek, pintor alemán, enamorado de las maravillas de la pintura cristiana en la Edad Media, trató de continuar aquella gloriosa tradición artística, produciendo obras magistrales. Owerbek fundó escuela, y Glinz, también alemán, es uno de sus discípulos más ilustres. Bien lo reza su cuadro *El Portal de Belén*, en el que el insigne pintor ha procurado tratar el inefable asunto de un modo espiritual, ideal, poniendo el mayor sello posible de fervor religioso en los rostros de Nuestra Santísima Madre y del Patriarca San José. La composición es austera, sin accesorios que quiten la atención del espectador de los semblantes de los casi divinos personajes.

R. P. Francisco Jiménez Campaña.—(Pág. 379).

Reproducimos con sumo gusto al frente de los sonetos *Cantos de la Biblia*, el retrato de su autor, R. P. Francisco Jiménez Campaña, insigne escolapio, honra de los hijos de San José de Calasanz, orador y poeta de altos vuelos y de justo renombre. El P. Jiménez Campaña hace años que favorece á LA ILUSTRACION CATOLICA con las obras originales de su ingenio; y se le quiere tanto en esta casa, que cualquier elogio que le tributáramos podría parecer interesado. Pero ahí están sus versos, en que la galanura oriental de la dicción poética no empece al buen gusto acrisolado de un excelente discípulo de los clásicos. Cristiano y granadino, el P. Jiménez Campaña ha sabido unir en sus poesías los más puros sentimientos espiritualistas, y la forma exuberada y pomposa del arte árabe, rico en colores y perfumes. Habiendo ya producido tanto y tan bueno el insigne escolapio, aún no ha producido, á nuestro juicio, ni la mitad de lo que puede dar de sí su estro poético y sus grandes condiciones de talento y estudios.

La Sacra Familia (cuadro de Guido Reni).—(Pág. 381).

Con motivo de la hermosa festividad de estos días, publicamos la copia del célebre cuadro del famoso pintor Guido de Reni, nacido en Bolonia en 1575, discípulo de Caracci, protegido por el Papa Paulo IV, y que murió en 1642. Su cuadro *La Sacra familia* es de los más hermosos que produjo su inspirado pincel.

ANTONIO DE OLMEDO.

NOCHEBUENA



G STAMOS en Adviento, y la cristiandad se dispone á celebrar bulliciosamente la más grande de sus fiestas. «Toda festividad aneja á la Religión y á la memoria de sus beneficios, es la única imperturbable y duradera,» dice el gran poeta cristiano Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, la mejor de sus concepciones. Y dice bien, que 1883 años hace, la humanidad dolorida recibió en miserable cueva el mayor de los beneficios que registran las páginas de su historia. La festividad religiosa que anualmente recuerda tan fausto acontecimiento, no ha sufrido interrupción al través de los siglos; y es que en el pesebre de Belén tuvo principio la redención humana. La misa llamada del gallo, que se canta en el orbe católico, es la misma en todos los pueblos; pero los regocijos caseros y públicos con que se solemniza la fiesta religiosa tienen carácter especial, tan marcado tinte de localidad, que diferencia notablemente á unos de otros, pres-

tando á muchos de ellos no pocos encantos. Yo, al menos, recuerdo con placer las Nochebuenas de mi lugar. ¿Queréis saber vosotros lo que en tales noches hacía y presenciaba?

Trasladáos conmigo á Vallehermoso, y advertid que el lugarejo humilde, sin hacer maldito caso de las veleidades humanas, permanece entre los mismos montes y sobre los mismos peñascos, con sus bellezas y fealdades sempiternas. Hoy está que da gozo de Dios el verlo... blanco, blanco como la nieve. Digo mal, la blancura no pertenece á la aldea ni al valle, sino al manto purísimo que los cubre. Todo está cubierto, y jamás en la estación de los fríos habréis visto más bello paisaje. Los pinos ocultan la verdura de su hoja perenne bajo copos blanquíssimos; en nada se diferencia el erial inculto de la fértil huerta; borradas las márgenes, la nieve se anticipa al comunismo, haciendo de propiedades diversas un solo campo; y la aldea, escondiendo á las miradas del curioso los tejados rojizos, y semejante á bandada de candidas palomas, se agrupa en torno del campanario, dedo inmóvil y elocuente que nos invita á mirar al cielo.

Deslumbradora es la blancura del conjunto, y al contemplarla se recuerdan con envidia los anteojos verdes que usan los viajeros del Norte. La nevada no es, sin embargo, como las que treinta ó cuarenta años atrás sepultaban anualmente los lugarejos de la Sierra de Albarracín, dando origen al cuento del arriero que, perdido por aquellos andurriales, ató el ronzal de su recua á la veleta de una torre: refieren los viejos que no nieva ya de aquella manera. La delgada capa de nieve que nuestro valle cubre, es un motivo más de alborozo. Los chicos hacen Cristos, moldeando en ella su cuerpo con los brazos abiertos, y los mozalbetes pelean á pelotazo limpio con pellas de nieve endurecida. El día frío y el cielo nebuloso aumentan las delicias del hogar. Figuraos, leyentes míos, que conmigo y mi familia os calentais en torno de la lumbre, mientras sopla silbando el cierzo y rechina la veleta del campanario á impulsos del aquilón. Reina en la cocina el regocijo más franco y bullicioso; troncos enteros de resinoso pino chisporrotean y arden en el hogar, bajo la inmensa campana que da paso al humo abundante y permite ver el plumizo cielo; todos hablan y nadie escucha; éste asa castañas; toca aquél la pandereta; canta el de más allá; rasga uno la guitarra; otro hace gemir la zambomba, y para que el desconcierto sea completo, suena también el almirez, dos coberteras de hierro hacen de platillos, y de castañuelas dos cucharas de madera.

Tan alegre escena se repite en los hogares todos, y las calles de Vallehermoso, ordinariamente desiertas y silenciosas, participan en Nochebuena de la general animación. Sin miedo al frío, ni temor á la nieve resbaladiza, recorrenlas los muchachos, mozalbetes y mozos, en especial los pastores, y rara vez algunas mujeres y muchachas golosas gritando y cantando de puerta en puerta, al son de ruidosos instrumentos, tales como zambombas, guitarras, panderetas y platillos. Aunque los lugarejos de estas montañas son muy pobres, no hay en ellos familia que gustosa no comparta su pobreza con los que en la puerta de la casa entonan las coplas del Nacimiento. Castañas, bellotas, higos, pasas, nueces, remolachas, zanahorias... todo es bueno para aguinaldo.

Covarrubias deriva esta palabra de la voz árabe *guineldún*, que significa regalar, ó de la griega *gininaldo*, que equivale á regalar en días de natalicio. Nosotros los serranos, prescindiendo de toda cuestión etimológica, griego y árabe verdaderos para nuestra ignorancia, y dándonosos un ardite de la corrección castellana, llamamos *aguilando* á los regalos de Nochebuena, y por un higo ó una zanahoria recorreremos veinte veces

el lugar, cantando por esas puertas y calles como locos.

¿Queréis formaros idea de nuestras coplas y cantares? Callad, pues, que ya los pastoriles instrumentos alegran la puerta de mi choza. La música es monótona, pero dulce: de la letra juzgaréis vosotros mismos.

—¿Cantamos? (pregunta el más osado).

Esta pregunta quiere decir: ¿nos dará usted algo? Yo, que entiendo perfectamente el dialecto del país, contesto:

—¡Pues no faltaba más! Sí, muchachos, sí, caudad hasta que os quedéis roncós.

Esta contestación significa: soy tan amante de las tradicionales costumbres de mi lugar, y de tal manera quiero celebrar la noche única que ha recibido el antonomástico nombre de *buena*, que estoy dispuesto á repartir *aguilando* sin medida. Los postulantes me entienden en el acto; rompe el fuego la desconcertada música, y sin más circunloquios ni preámbulos cantan lo siguiente:

Cantor.

A esta puerta hemos llegado
con deseos de cantar,
las coplas del nacimiento
del Cordero celestial.

Coro.

Digan todos como yo,
digan todos sin cesar:
¡Viva la recién parida
y el Cordero celestial!

Variante del coro.

Digan todos como yo,
digan todos y diré:
¡Viva la recién parida
y el Patriarca San José!

Según le parece que *dice* mejor, el coro canta indistintamente la primera ó segunda cuarteta al terminar cada copla. Estas son muchas, debidas todas á la musa popular, por lo que, para no fatigar al lector, copio á continuación las mejores, sin alterarlas en lo más mínimo:

Caminito de Belén
va la estrella refulgente,
llevando en su claustro hermoso
al Señor omnipotente.

A caballo en un jumento
la Virgen á Belén marcha,
y San José va delante
pisando nieve y escarcha.

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad,
que está la Virgen de parto
y á las doce parirá.

En la cueva de Belén
humilde nació un chiquito,
cuya grandeza no cabe
de la tierra en el recinto.

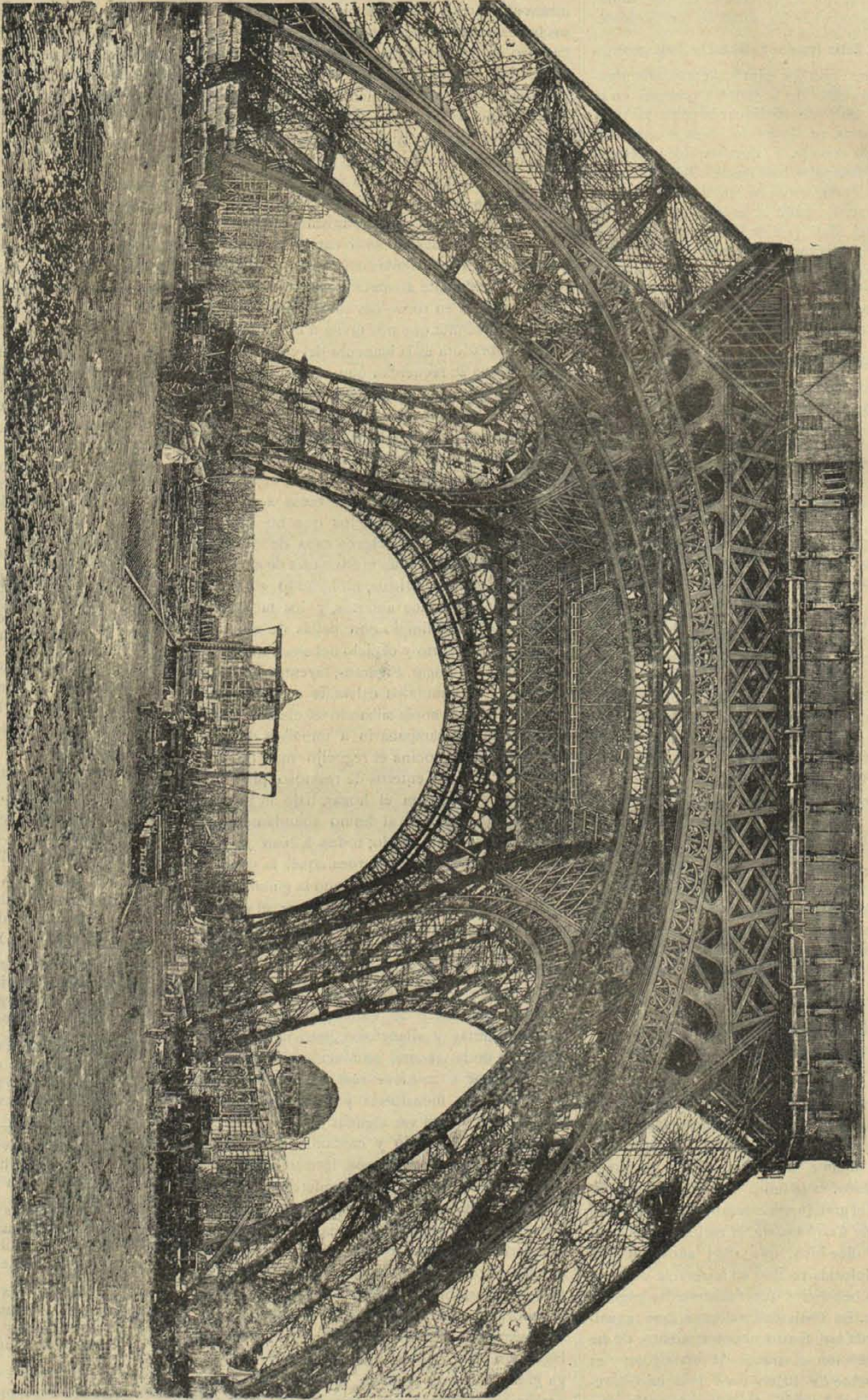
Y á los pastores, al punto
un ángel les avisó
que en Belén había nacido
su Mesías y su Dios.

Dejan todos el ganado
corriendo á cual más veloz;
preséntanle mil ofrendas
y adoran al Redentor.

Uno le lleva un cabrito,
otro le lleva un jamón,
otro gallinas y tortas,
otro le lleva un capón.

Antón dijo: «A este chiquillo
en el zurrón me lo llevo,
que no quiero que la mula
le tire coces al cielo.»

Todos los años venimos
á cantar por este tiempo,
en busca del *aguinaldo*,
las coplas del Nacimiento.



BASE DE LA TORRE EIFFEL, EN PARIS

Si nos habéis de dar algo
no nos lo hagáis desear,
que corre un viento muy frío
y nos podemos helar.

Si nos habéis de dar higos,
no les quitéis los pezones,
que traigo yo aquí un amigo
que se los come á serones.

Si nos habéis de dar pasas,
no les quitéis los raspajos,
que no falta entre nosotros
quien se los come á capazos.

Alegráos, compañeros,
que ya la veo venir,
en una mano *aguilando*
y en la otra mano el candil.

Alude la canción á la ama de casa que sale á repartir entre los cantores el solicitado aguinaldo. Recogidas las frutas ó zanahorias, cantan media docena de despedidas como la siguiente:

Echemos la despedida,
la que Cristo echó en Belén:
quien nos ha juntado aquí
nos junte en la gloria, amén.

Si alguna vieja mal humorada les hace cantar, y los despide luego á gritos y sin darles ni siquiera un higo, ni una remolacha, los postulantes se vengán cantando despedidas picarescas y burloñas, y se marchan con la música á otra puerta. Por el camino entonan canciones como la siguiente:

La zambomba tiene un diente
y la muerte tiene dos,
y el pícaro que la toca
tiene más de veintidós.

Poco á poco disminuye la algazara, y á lo lejos se oye el consabido coro:

Digan todos como yo,
digan todos sin cesar:
¡Viva la recién parida
y el Cordero celestial!

Las cuadrillas de postulantes menudean que es una bendición; por encanto desaparecen las frutas secas, convertidas en aguinaldo; se hace colación como Dios manda, permitiéndonos únicamente probar los turrónes que devorados serán al día siguiente; y cuando un vuelo general de campanas anuncia al valle y contorno que va á empezar la Misa del gallo, embozados hasta los ojos y con un farolillo encendido en la mano, nos dirigimos á la parroquia. Mucho frío hace; pero ¿qué buen católico no conmemora en el templo la Natividad del Salvador?

Buenas noches, pues, lector pacientísimo, y mejores Pascuas.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO VIII

Es presentado Jesús ante Herodes; y vuelto á Pilato, es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte.

HERODES Antipas, hijo de Herodes el Grande, y su sucesor en el reino y Tetrarquía de Galilea y Perea, tenía la mayor parte de los vicios de su padre y ninguna de sus virtudes ó buenas cualidades. De instintos y pensamientos ruines, desenfrenado en sus costumbres, enervado por el placer, en él se juntaban todas las miserias y debilidades propias de esta clase de caracteres. No teniendo ningún principio de temor de Dios, era vano, ligero, supersticioso. Incapaz

BELLAS ARTES



EN EL TEMPLO (grabado de Alberto).

de ideas grandes y generosas, suplía con los amaños de su astucia las cualidades de entendimiento y de rectitud necesarias á la gobernación y florecimiento de los Estados. Como no gozaba del favor en el pueblo de Israel, que le aborrecía cordialmente, todo su afán era congraciarse y estar bien quisto con el César romano y con sus Legados, para que le sostuvieran en su vacilante poder. Indiferente en religión, siquiera afectase otra cosa delante del público, lo mismo engrandecía el templo de Jerusalén que levantaba templos á los ídolos y construía circos y anfiteatros para solaz de la muchedumbre. Con nombres latinos solía condecorar los monumentos que levantaba, aunque protestasen contra ello avergonzadas las sombras del judaísmo. En honor del Emperador Tiberio, á quien debía el reino, había reconstruido la ciudad de Tiberiade, por cierto en lugar sagrado, y teniendo que profanar para ello las sepulturas de los muertos.

De su natural era ligero y aturdido. Miraba la religión como cosa indiferente y sin importancia; más bien, en su corazón despreciaba la ley judaica, teniendo todas sus simpatías por la parte de la sociedad israelítica, muy crecida

en Jerusalén, que se inclinaba á lo que hoy llamaríamos indiferencia y racionalismo; con todo, como acontece en muchos hombres de su estofa, gustaba de oír pláticas de Dios, asistir á las fiestas religiosas, y aun tenía cierto respeto á las personas buenas y justas, afectando querer guiarse por sus consejos, aunque esto no lo hacía por respeto á las cosas divinas, ni por humildad ó deseo de acierto, y menos por amor á la justicia, sino por liviandad de corazón, ó tal vez por el instinto natural que tiene la alma humana de buscar el rayo de la divina luz, siquiera la desatienda y desprecie luego en la práctica; así, no bien se pusiese por medio la pasión, daba al traste con tales consejos; y como las personas santas y buenas le dijese claramente la verdad y le reprendiesen sus desórdenes, no reparaba en ocasionarles mil vejaciones y molestias, y aun á veces la muerte.

Aunque no era de su natural inclinado á actos de terror y violencia, con todo, llevado de su liviandad, habíase mostrado en ocasiones cruel y sanguinario. Estando de todo en todo entregado al capricho de su cuñada Herodiade, con quien vivía públicamente amancebado, por su instigación había mandado degollar á Juan

el Bautista, que reprendía sus vicios, y que con la influencia que tenía con el pueblo, que le aclamaba por santo y enviado de Dios, hacía sombra al envidioso Tetrarca. Mas este crimen, si pudo quitar de delante de Herodes al eloquente condenador de sus maldades, no le libró de los terribles remordimientos de la conciencia. La sombra del santo predicador le perseguía por todas partes; á todas horas se le ofrecía á la vista, echándole en cara sus liviandades y criminales placeres, y amenazándole con el juicio de la divina venganza.

En los días que corre nuestra historia hallábase Herodes en Jerusalén para solemnizar la festividad de la Pascua, probablemente en el palacio llamado de los Asmoneos, situado á corta distancia del Pretorio, y en la plaza llamada *Xystus*, que estaba entre el Templo y el dicho Pretorio. Según parece, no estaba con él la impura Herodiade; pero bien suplía la ausencia de su infame concubina la cohorte de truhanes y aduladores que le cercaban de continuo, y que vivían á su costa y le entontecían y emborrachaban con el vino de la lisonja, celebrando sus torpezas y riéndole sus chocarrerías y bufonadas. Pues ante este hombre vil y despreciable, ante este zorro coronado, como le llamó Jesús en cierta ocasión, iba á ser presentado el Divino Maestro, de orden del Procurador del Imperio.

Estaría probablemente en su Tribunal vestido de púrpura y seda, como solía, y rodeado de regio aparato, cuando le fué dicho que iba á presentarse delante de él el santo predicador de Galilea. El anuncio de la visita hubo de ser á Herodes tan agradable como inesperado. Hacía largo tiempo que el nombre de Jesús, sus obras y milagros y la fama de sus predicaciones sonaban en la corte de Herodes. En ella estaba Chuza, su intendente ó mayordomo, y gobernador un tiempo de la plaza de Cafarnaüm, que era discípulo de Jesús, y cuya mujer Juana solía andar en la comitiva del santo Maestro; entre los más íntimos amigos del Tetrarca contábase Manahen, su hermano de leche, y que también se había inclinado á las doctrinas del predicador de Galilea; en fin, colíjese del Evangelio que había muchos otros personajes en la corte de Herodes que se habían declarado en favor de Jesús, y ponderado ante el Tetrarca sus milagros y prodigios. No es extraño, pues, que tuviese Herodes deseos de conocer de cerca al personaje de quien tantas cosas le habían dicho, y que se regocijase en extremo al oír que le iba á ser inmediatamente presentado. Fuera de esto, había otra razón particular que impulsaba á Herodes á conocer y hablar á Jesús. A pesar de la perversidad de sus instintos, el asesinato que había mandado ejecutar de Juan el Bautista había dejado en su ánimo, como se ha dicho, impresión muy profunda; la sombra del precursor de Jesús le traía de continuo inquieto y sobresaltado; su santa imagen era para él una insoportable pesadilla, y de tal manera le molestaba y perturbaba, que como sus cortesanos y aduladores, guiados de las ideas muy corrientes entre los judíos sobre la transmigración de las almas, le dijese un día que Jesús sería tal vez el mismo Juan Bautista resucitado, había tenido la idea de matarle; y lo habría ejecutado, sin duda, si Dios no hubiera dispuesto las cosas de manera que no pudiesen realizarse los proyectos del Monarca. Es posible que el tiempo, las distancias y los placeres hubiesen borrado de su mente semejante idea; pero conducido por el Sumo Sacerdote y consejeros del Sanhedrín, no le habían quitado el deseo de ver al milagroso predicador, y sobre todo de presenciar alguno de los muchos prodigios y maravillas que de él se contaban. Por esto, cuando le dijeron que estaba allí, es seguro que no pudo reprimir su alegría, creyendo tener asida por los cabellos la ocasión de ver lo que por tanto tiempo había deseado.

De seguro no les sería muy agradable á los

consejeros del Sanhedrín andar de acá para allá llevando á Jesús de un tribunal á otro, sin saber lo que podían ganar con aquel enojoso ajeteo; aunque al ir á Herodes confiarían probablemente que su asunto se ponía de mejor data, ya que el Tetrarca, aunque de fe muy tibia, era judío de religión, y por consiguiente, podían esperar que respetaría el fallo del Supremo Consejo del Sanhedrín acerca de Jesús, y quesaldría en defensa de las tradiciones patrias y de la santidad de la ley, violada, según afirmaban, por el profeta de Nazaret; de más á más, siendo amigo de los jefes del partido de los saduceos, principales motores y muñidores de aquel negocio, era natural también que hiciese lo posible para sacarlos del aprieto en que los había metido el mal despacho del Procurador. No iban mal encaminadas estas esperanzas, y aun se esforzaban y engrandecían más al pensar que no dejarían de encontrar apoyo en sus pretensiones en los mismos que rodeaban al Tetrarca; pues si ya desde los principios de la persecución contra Jesús habían sus enemigos encontrado en ellos eficaces cooperadores aun para maquinar su muerte, y ni más ni menos, más adelante, cuando se trataba de armarle lazos para hacerle caer en emboscada, podían confiar que también los encontrarían ahora que podían trabajar más sobre seguro, y cuando estaban las cosas en un punto más sazonado.

Alentados con estas esperanzas, introdujeron á Jesús á presencia de Herodes. Recibíoles éste con el debido acatamiento, y constituidos que fueron ante su presencia empezaron los miembros del Sanhedrín á exponer las razones que tenían de llevar la causa de Jesús á su tribunal, los delitos por él cometidos, la sentencia que contra él habían pronunciado, el desvío y repulsa del Gobernador á condenarle, y las esperanzas que tenían de que él le juzgaría y condenaría en razón de ser vasallo suyo, como natural de Galilea, saliendo así por los derechos de la justicia, por la autoridad del Sanhedrín y por la gloria y honor del judaísmo, despreciado por el Gobernador romano.

Poco efecto debieron de hacer estas peroratas en el ánimo aturdido de Herodes, como quiera que sin hacer caso de la parte jurídica del asunto, sobre la cual pensaría tal vez como Pilato, es á saber, que todo ello era amaño de la pasión, sin tener cuenta con su dignidad y estado ni con el respeto debido á las personas que le hablaban, allí delante de todos con gestos indignos y ridículas bufonadas empezó á entregarse á los extremos de la más descarada alegría, por ver llegada la ocasión que tanto había deseado de ver á Jesús y presenciar alguno de sus milagros y maravillas. Miraría sin duda el asunto como cosa de diversión y entretenimiento, esperando pasar un buen rato; y tanto con más fundamento lo esperaba, cuanto que estaba persuadido de que ninguna ocasión era mejor que ésta para lucir Jesús sus habilidades, ya que con ellas podía disponer en su favor el ánimo de quien le podía conceder la vida y llevarle á la muerte. Con tal intención hacíale mil preguntas y decíale mil chistes y desvergüenzas, instándole una y otra vez á que hiciera delante de él alguno de los prodigios de que había sido tan pródigo en otras ocasiones.

A estas preguntas y reiteradas instancias y á las desvergonzadas graciosidades de aquel monstruo de sensualidad y de molicie, Jesús guardaba el silencio más profundo, compadeciéndose sin duda interiormente de aquel miserable que de modo tan juglaresco trataba las cosas divinas, arrastrando por los suelos la autoridad de que estaba inmerecidamente revestido. En verdad, ¿qué provecho podía sacar de la vista de una obra milagrosa quien tenía sus sentidos cerrados á las cosas de Dios? No son las obras divinas para tomadas por burla y entretenimiento; dirijense, no á satisfacer la curiosidad, sino á reformar el corazón; no á deleitar vanamente los sentidos, sino á santificar la vida y las costumbres; como medios que son de sa-

lud, han de ser recibidos no como cosa de risa y pasatiempo, sino con respeto y reverencia, y con humildad y sencillez de corazón.

Indignábase Herodes del silencio de Jesús, y en sus gestos y palabras mostraba grave enojo contra el Salvador. Viendo lo cual, los consejeros del Sanhedrín, aprovechándose de este enfado de Herodes para maldisponerle contra Jesús, comenzaron á repetir las mismas acusaciones que habían hecho en presencia de Pilato, exagerándolas con ahinco, y sacando de ellas la conclusión de pedir á Herodes que le condenase á muerte, que era lo que ante todo pretendían. Mas á pesar del enojo que había cobrado Herodes contra Jesús, no mostró inclinación á acceder á la porfía de los príncipes de los judíos; más bien desentendióse absolutamente de lo sustancial de la causa, y como liviano y juglar, y considerando que Jesús no había querido darle gusto haciendo delante de él el milagro que le había pedido, determinó tomarse por sí mismo esta diversión y pasatiempo, haciendo burla y chacota de su persona. Creyendo que Jesús había desacatado su autoridad rehusando hacer en su presencia lo que de balde y á todas horas hacía delante de todo el pueblo, quería salir de esta afrenta poniéndole en ridículo delante de sus cortesanos; y para esto llamarle charlatán y embustero, que con sus enredos y tramoyas había llegado á alcanzar séquito en el vulgo, pero que no se atrevía á lucir sus habilidades delante de hombres de pro, como quien estaba seguro de que habían de salirle hueras y fallidas; motejarle de loco y menguado que había vendido sus artificios y marañas por prodigios y revelaciones, y que viendo que el pueblo los creía, había llegado á creerlos él mismo, teniéndose por hombre extraordinario y providencial, haciéndose proclamar por el Mesías restaurador del trono de David y Redentor del pueblo de Israel; y con estos y otros desatinos á este talle, sazonzados con mil desvergüenzas y cuchufletas, explicaría Herodes á sus aláteres y cortesanos cómo un hombrecillo por ahí, rústico y mal criado, había llegado á engañar á la muchedumbre, y traerla embaucada y encandilada, removiendo toda su república, alborotando á las gentes sencillas y exaltando sus pasiones y esperanzas.

Las sandeces y bufonadas del poderoso nunca han parecido insípidas á sus aduladores. Tiene el poder mágica virtud para cambiar el aspecto y naturaleza de las cosas y para trastornar y enloquecer los juicios de los hombres. Lo que hecho por un hombre vulgar parecería cosa indiferente ó baladí, en las personas de los poderosos es celebrado como sabiduría y grandeza. Aunque se reconozcan y confiesen interiormente las locuras y desvarios del adinerado, es necesario celebrarlas á boca llena, ó por lo menos excusarlas ó callarlas, echando una mordaza á la lengua para conservar la gracia, que en algún tiempo puede ser provechosa, ó para no atraer contra sí la cólera, que en ocasiones puede ser fatal. Sobraban en el palacio de Herodes los aduladores y malsines, camaleones de sus gustos y aprobadores de sus desvarios, y como ante todo atendían á su negocio mirando en derecho de su dedo, no tuvieron que esforzarse mucho por seguir el humor de su señor, haciendo burla y chacota de Jesús al estilo de su amo, diciéndole mil donaires y apodos, y mofándose de él como de loco y dementado. Y no paró la cosa en solas palabras, sino que cual si anduviesen á porfía sobre quién llevaría la palma en esta triste faena, y obedeciendo tal vez en esto á las indicaciones de Herodes, pasaron de las palabras á las obras, y echando sobre los hombros de Jesús un ropón ó traje blanco y resfulgente que le cubría todo el cuerpo y le vestía de mojíganga, se pusieron á vilipendiarle, burlándose de él como de Rey de farsa y como de hombre necio y mentecato. Así fué tenido por tonto el que era la Sabiduría de Dios; por simple y loco el que era resplandor de la ciencia soberana; y por iluso y menguado aquel en cuya

hermosa frente llameaba el rayo de la Inteli-gencia infinita

No hizo más Herodes con Jesús. Así, contento con haberse solazado con él, le remitió á Pilato, vestido del ridículo aderezo y librea que le había puesto; y no tuvo otro resultado la entrevista de Herodes con el Salvador, ni dejó mas rastro de sí, sino que con aquella muestra de cortesía de Pilato á Herodes y de Herodes á Pilato, de enviarse el uno al otro á Jesús, y dejarle el uno á la voluntad del otro la averiguación y juicio de su causa, se apaciguaron ciertas rencillas que no se sabe por qué había entre ellos, haciéndose amigos los que ante andaban desavenidos y resabiados.

Mientras que en el Tribunal de Herodes pasaban las cosas que acaban de referirse, en el de Pilato sucedían otras que, aunque extrañas á la causa de Jesús, habían de tener en ella notable influencia. El número de curiosos y desocupados que había acudido al Pretorio para ver el paradero de la causa de Jesús se iba engrosando por momentos. Ríos de gente desembo-caban á la plaza del Pretorio, venidos de las colinas de Sión, de Bezetha, de Acra, de los barrios bajos de la ciudad, y aun de sus contornos y alrededores. Aunque gran parte de esta gente eran moradores de Jerusalén, los más eran evidentemente forasteros de los que habían llegado aquellos días para la celebración de la Pascua. Muchos irían allá atraídos por la curiosidad de ver al Gobernador romano y asistir á las causas que en su presencia habían de fallarse; pero en los más, el ruido que armaban entre sí, la viveza y volubilidad con que hablaban, y el afán con que proseguían la conversación, indicaba á las claras que extraños intereses los movía é incitaba, y que al ir á la plaza del Pretorio iban, no ya atraídos por vana é inútil curiosidad, sino por el empeño de enterarse de un negocio que allí tenía que ventilarse, y en el cual habían de tomar ellos mismos parte muy principal y decisiva.

Era, en efecto, costumbre entre los judíos en la fiesta de la Pascua, ocasión de regocijo universal y recuerdo de la salida del pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, que el Procurador del Imperio diese suelta á un preso de los que tenía en la cárcel, el que el mismo pueblo escogiese y pidiese. Esta costumbre era, según parece, muy antigua, y anterior tal vez á la dominación romana; y á ella se habían ajustado los Gobernadores del Imperio, atentos á la norma política que fué usual en el gobierno de la colonización romana de no alterar las costumbres de las naciones conquistadas. En verdad, poco ó nada perdían los Pretores de Roma con semejante concesión; más bien con el pedazo de soberanía y libertad que en aquella ocasión arrojaban al pueblo, le tenían contento y satisfecho, haciéndole olvidar por un momento las doradas cadenas con que le habían aherrojado.

Sin duda muchos días antes de la celebración de la Pascua andaría en las lenguas de todos el nombre del reo cuya libertad habían de pedir los judíos á Pilato, siendo tema de las conversaciones y corrillos, y asunto de los debates, así en las casas particulares como en las calles y plazas públicas y en los mercados y públicos mentideros, llevando en esto la voz los cabezas de los bandos y parcialidades que se agitaban entonces en Jerusalén. Según parece por el Evangelio, el nombre del favorito del pueblo era aquel año un tal Barrabás, ardiente patriota, y aun autor ó instigador principal de un motín que hacía poco tiempo había habido en Palestina. En aquellos deplorables días eran muy frecuentes tales revueltas y motines, ya por sacudir el yugo romano, ya por razón del carácter levantisco de los pueblos de Oriente, siempre dispuestos á alzarse en armas para actos de rapacidad y bandolerismo. El historiador Flavio Josefo nos ha dejado los nombres de algunos de estos bandidos: Ptolomeo, Annibal, Amaran y Eliezer. Uno de estos malhechores ó

perturbadores sería probablemente Barrabás, ya fuese simplemente salteador ó facineroso, como lo indica San Juan, ya revolvedor político, como parece darlo á entender San Marcos, ó las dos cosas á la vez, como quiera que haya sido común en todos tiempos el conciliar el patriotismo del género turbulento con hechos violentos y desafueros y venganzas personales. Las pasadas fechorías habían dado á Barrabás renombre universal, supuesto que su audacia había llegado á tal extremo, que en un tumulto promovido por él en Jerusalén, entre los desórdenes ocurridos había sido muerto en la refriega, y sin duda á sus propias manos, un hombre, que sería tal vez algún soldado romano. Hay quien cree que compañeros de Barrabás en tales fechorías serían aquellos galileos de que habla San Lucas, que fueron matados en el acto por Pilato; y en este caso, si su jefe y capitán no había corrido la misma suerte, sería ya porque no había sido descubierto á tiempo, ya porque, contando con amigos poderosos, había logrado dar largas á la sentencia, ganando así tiempo y esperando coyuntura de salvarse. Mas al fin y al cabo no había podido librarse de ser condenado á muerte; pero habiendo coincidido su ejecución con la ocasión de la gracia que solía hacer el Presidente, en él esperaban sus amigos salvarle, en especial los fariseos, protectores de tales foragidos, y que ya en otras ocasiones habían conseguido semejante favor de los procuradores del Imperio.

En esta actitud y expectativa estaba el pueblo de Jerusalén delante del Pretorio, formando grupos y corrillos, discutiendo con calor el caso sobre que iban á decidir, dirigidos en esto por las cabezas de los partidos, cuando los príncipes de los sacerdotes, rompiendo por entre los grupos, entraron en tropel en la plaza conduciendo á Jesús atado y con el traje burlesco que le había puesto Herodes, para presentarle de nuevo en el tribunal de Pilato.

La vista de aquel cortejo, el traje y arreo de moji-ganga que vestía Jesús, y la actitud del Sumo Sacerdote y de los príncipes del pueblo y de los consejeros del Sanhedrín que le acompañaban, hubieron de excitar gran sorpresa y singular movimiento de curiosidad en los concurrentes, en especial en los que no habían presenciado las escenas ya pasadas entre aquellos y el Procurador romano.

Pero quien más que nadie había de sorprenderse y maravillarse de la escena grotesca que ofrecían los príncipes de los sacerdotes, hubo de ser el mismo Poncio Pilato. Al enviar á Jesús á Herodes había creído desembarazarse de un negocio que era para él de sumo enojo y dificultad; mas al ver acercarse de nuevo la cáfila de gente que conducía á Jesús, entendió que se había frustrado su proyecto, y que mal de su grado tenía que entenderse de nuevo con aquella turba evidentemente apasionada y malévolamente que trataba de violentar su conciencia y hacerle cómplice de sus miserias y pasiones. Por su parte no dejarían de mostrarse también mohinos y amostazados los príncipes de los judíos al tener que presentar otra vez ante Pilato á un reo que ya había sido recusado por él, y en cuya causa había manifestado empeño de no querer intervenir. En verdad, no podían menos de ver los príncipes del Sanhedrín que el asunto de la condenación de Jesús se iba poniendo por momentos en trance más crítico y apurado. En los tres interrogatorios á que se le había sometido, nada se había sacado que, á juicio de la autoridad, fuera digno de castigo. Llevado á los tribunales de Pilato y Herodes, ni uno ni otro habían querido pronunciar la sentencia, ni siquiera habían querido dar á sus acusadores la más leve esperanza de venir en lo que tan importantemente pedían. Entre tanto el tiempo pasaba; el pueblo se iba enterando de la causa de Jesús; comenzaban á removerse y salir á flote los pasados entusiasmos por el santo Maestro, y en fin, tales se iban poniendo las cosas, que los adversarios de Jesús podían fundada-

mente temer, ya que no un completo fracaso en sus intentos, que se levantasen contra ellos tales dificultades, que les imposibilitasen llevarlos á efecto con la celeridad y presteza que deseaban. Conociendo esto los príncipes de los judíos al acercarse al tribunal de Pilato, iban sin duda resueltos á echar el resto, rompiendo por todas las dificultades y arrollando todos los inconvenientes, á trueque de recabar del Presidente la sentencia de muerte contra Jesús.

Al ver venir Pilato á los príncipes de los judíos que traían á Jesús, dijo que se acercaran á él, y convocados y reunidos que fueron en su presencia, se enteró de lo que había pasado con Herodes, y hecho cargo de todo, dirigiéndose á ellos, les dijo: «A mí me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y héos aquí que preguntándole yo delante de vosotros, no hallo ninguna cosa de esas por las cuales le acusáis. De más á más, tampoco Herodes, pues os remití á él, y veis aquí que nada le ha resultado digno de muerte; por tanto, después de corregido, le dejaré libre.»

Esta resolución de Pilato de dejar libre á Jesús causó terrible efecto en el ánimo de los consejeros del Sanhedrín. Con esta resolución, era evidente que sus planes y proyectos sobre Jesús iban á fracasar por completo. No podían ya dudar de que el Gobernador romano perseveraba en su pasada actitud, pues no sólo deseaba no intervenir en la condenación de Jesús, sino que manifiestamente inclinábase en su favor; y aunque indicase la idea de dar algún castigo á Jesús, tal vez para no ser menos que Herodes, que se había burlado de él vistiéndole el traje irrisorio de que le veía adornado, esto era evidentemente la última concesión que podían esperar de él, con lo cual se descomponían y deshacían de todo punto por consiguiente, sus esperanzas de ver condenado á muerte al reo contra quien tanta saña habían concebido. Y como esta idea de que continuase con vida Jesús los traía tan inquietos y desasosegados, á trueque de que tal no sucediese, estaban dispuestos á arrostrarlo todo y á hacer los mayores esfuerzos y violencias. Así, no bien oyeron la declaración del gobernador de no querer sentenciar á muerte á Jesús, rompieron en voces y ademanes descomedidos, y reiterando sus antiguas recriminaciones y aun añadiendo otras nuevas, protestaron con grandes clamores de que aunque Pilato más castigase á Jesús, ellos no se contentarían con menos de que se diese muerte.

Nada respondía el Señor á tales acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y de los magistrados, dejando que desfogasen su ira contra él sin volver por sí ni contestar á sus crueles enemigos. Este silencio de Jesús, su buen término y modestia y la soberana majestad que destellaba de su persona, movían cada vez más á Pilato y le persuadían á librarle de las manos de aquellos malvados que tan de balde pedían su muerte.

Mientras tanto el pueblo se iba removiendo y alborotando por instantes y mostrando su impaciencia por pedir al Presidente la gracia que todos los años solía otorgarle. Los grupos, antes dispersos, se habían ido poco á poco aproximando y formando en torno del Tribunal apretado círculo. En todos los bandos y corrillos hablábase acaloradamente del reo á quien habían de pedir por libre. El nombre de Barrabás corría de boca en boca; oradores improvisados ponderaban sus hazañas y virtudes, la injusticia de su condenación y la necesidad de arrancarle á toda costa de las garras de la muerte. En todo esto no se veía nada que hubiese de traer por necesidad peligros y complicaciones. El aspecto de la muchedumbre reunida ante el Pretorio de Pilato era como de mar tranquilo, apenas rizado por ligera brisa, que lo mismo podía desvanecerse en calma absoluta que en deshecha tempestad. Veía esto Pilato desde la lonja, donde estaba sentado y examinando el movimiento del pueblo, las idas



PAISAJE DE LAS AMAZONAS (BRASIL)

BELLAS ARTES



EL PORTAL DE BELÉN (cuadro de Glint),

y venidas de sus guías y cabezas, el vago ondear de la muchedumbre y el murmurio y vocerío que de vez en cuando se levantaba; aunque no advertía por entonces ningún síntoma de peligro, no dejaba de entender los que podían venirle de aquel estado de los ánimos, y las dificultades que habían de embarazar su acción al menor desliz ó descuido que tuviese en el manejo de la causa que pretendía tratar. Conocía el carácter veleidoso y tumultuario de los moradores de Jerusalén, y como sabía que el nombre de Barrabás sonaba bien en los oídos del pueblo, no dejaba de tener sus recelos en contrariar esta su primera idea y voluntad; pero por otra parte, la inocencia de Jesús, en lo poco que había podido vislumbrar de su causa, le parecía tan evidente, tan clara la sinrazón de los príncipes del Sanhedrín al acusarle, tan soberanamente injusta la sentencia de muerte que contra él pretendían, que no creía difícil, con poca maña que usase, hacer partícipe al pueblo de su misma persuasión, y aun daba por seguro que puesta la muchedumbre en el trance de tener que escoger entre la libertad de Barrabás y la de Jesús, se decidiría por la de éste, á pesar de cuanto pudiesen trabajar en contra los jefes y mufidores de la muchedumbre. Tal pensaba Pilato, y con tales esperanzas alimentaba su flaqueza; y más aún, en el caso, que no esperaba, de que el pueblo se decidiese por Barrabás, contaba hallar en la benevolencia natural de esta misma muchedumbre, enemiga de sangre y dispuesta más al perdón que á la severidad, sobre todo en las circunstancias de alegría en que estaba con motivo de la solemnidad de la Pascua, medios y motivos más que suficientes para salvar á Jesús y contrarrestar las exigencias de los jefes del Sanhedrín, que á todo trance pedían su muerte.

Esta resolución de Pilato de apelar al pueblo proponiéndole la resolución sobre la causa de Jesús, era consecuencia de su debilidad, de su deseo de no contrastar con demasiada violencia la que le querían hacer los sumos sacerdotes, de defender la inocencia hasta cierto punto y no más, salvando á un tiempo los derechos de la virtud y sus conveniencias particulares, y justificando de antemano su actitud respecto de los representantes del Sanhedrín y del emperador Tiberio en el caso de que éstos apelasen á él en la causa que sostenían. Su voluntad no era mala, pero débil y acomodaticia; era la voluntad del que quiere salvar á la vez la honra y sus intereses; la del que pretende hacer algo en pró del justo y del inocente, pero sin aventurarse á graves riesgos ni empeñarse en grandes dificultades.

Siempre fué el pueblo vario, inconstante en sus opiniones y querer y fácil de torcer á donde han querido llevarle los que le guían y manejan, y más lo era en los tiempos en que corre nuestra historia el de Jerusalén, puesto al capricho de los bandos político-religiosos que dominaban en la ciudad, voluble y apasionado como todo pueblo oriental, y tan inquieto y exaltado en sus juntas y reuniones y en las asonadas y alborotos que de ellas provenían, que había ganado merecida celebridad entre los de las provincias del Imperio Romano. Este pueblo había pocos días antes tenido un momento sublime, como lo tienen de vez en cuando los pueblos, cuando á la vista de las obras y maravillas de Jesús le había aclamado hijo de Dios, heredero de David y restaurador del trono de Israel. En otras ocasiones había también pregonado sus virtudes y fundado en él sus gloriosas esperanzas, reconociéndole por Maestro y enviado de Dios, y declarándose por él en sus reyertas con los que ahora le acusaban. Pero no había que fiarse mucho de este entusiasmo. Los instintos del pueblo son generalmente rectos y honrados, pero volátiles, mudables á cualquier viento de la fortuna y más inclinados á lo malo que á lo bueno á poco que los mueva bastarda pasión. Cada uno de los que forman cualquier muchedumbre, hablando en general,

podrá ser bueno si se le considera en sí é independientemente de los demás; pero al unirse á otros parece que pierde parte de su valor y energía moral, enflaquece su voluntad, decrece su iniciativa, de suerte que según se agranda la suma y la cantidad total, disminuyen á ojos vistas la calidad y el mérito de los individuos. Así vemos que ciertos impulsos de pasión que obrando en los particulares apenas tienen acción ó influencia decisiva, al conmovier á las muchedumbres la tienen poderosa y desastrosísima. Además, á nadie podía ocultarse, y menos á Pilato, que había muchas veces experimentado sus efectos, que las pasiones religiosas que conmovían á los israelitas podían excitarse terriblemente á la menor ocasión y ser explotadas de una manera inicua por los guías y explotadores del pueblo. Por consiguiente, él, más que nadie, debía conocer que librar á la temeridad de la opinión popular una causa como la de Jesús, en que podían interesarse tan vivamente las pasiones del pueblo, y más aún las de los que le conducían y guiaban, era tanto como exponerla á peligro casi seguro de malograrla y perderla.

Con esta intención, no mala, pero temeraria é imprudente, y resuelto de otra parte á no porfiar mucho en el lance en que se metía, adelantóse Pilato hacia la muchedumbre, y con aire tranquilo y sereno y mezclado de cierta serenidad y benevolencia, les dijo cómo habiendo conocido la intención con que estaban allí reunidos, no solamente no quería contravenir á ella, antes deseaba cumplírsela con la mayor satisfacción y empeño; manifestóles que habiendo ellos venido allí para pedirle que por razón de la solemnidad de la Pascua les entregase, según había sido su costumbre, á un preso de los que estaban en la cárcel, no tenía inconveniente en acceder á sus deseos; y añadió por fin que le era muy conocida la intención del pueblo de pedir á Barrabás, mas que con todo esto él les proponía que diesen sus votos en favor de Jesús, que había sido acusado y traído á su tribunal por los magistrados del Sanhedrín, pero de quien le constaba que se lo habían entregado por malevolencia y envidia; y después de este exordio y preámbulo, cuando creía tener los ánimos preparados para acceder á su petición, levantó la voz y les dijo: «¿A quién, pues, queréis que os dé libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado Cristo, Rey de los Judíos?»

Apenas hubo hecho Pilato esta pregunta, siguióse en la muchedumbre un tumulto increíble. Y aquí es de advertir que hasta entonces el pueblo no había intervenido para nada en la causa de Jesús, sólo había sido testigo de lo que habían obrado contra él los príncipes del Sanhedrín; había presenciado algunos de los procedimientos de su juicio, pero no había tomado en él parte activa é influyente. Más aún; es posible que á nadie de aquella muchedumbre se le hubiese ocurrido que pudiese tener acción decisiva en el pleito de que se estaba tratando. La súbita apelación de Pilato hubo de sorprender, por consiguiente, á muchos y ponerlos en extraño é inesperado conflicto. El haberse ya de antemano comprometido los más á pedir la libertad de Barrabás era una prenda que los obligaba á manifestar claramente esta petición á Pilato; mas la inocencia de Jesús, por todos reconocida, inclinaba también á no pocos en su favor; de ahí la duda y la incertidumbre del público. Advirtieron en esta incertidumbre los magistrados del Sanhedrín, y como la resolución de este asunto era para ellos cuestión de vida ó muerte, pues si el pueblo pedía la vida de Jesús se deshacía y desbarataba en un momento la obra por tanto tiempo trabajada, empezaron á concitar el pueblo á fin de persuadirle á que pidiese al presidente que soltase á Barrabás y diese su merecido á Jesús. Puede contemplarse á qué clase de razones apelarían para sacar triunfante su causa, y el furor con que encendían contra Jesús los ánimos de la muchedumbre. La de Jerusalén era, como es dicho, singularmente alborotada, levantisca y sediciosa; te-

nía, además, odio é inquina especial á los galileos, á quienes tenía como judíos degenerados ignorantes de la ley y aun medio paganos, por razón de los muchos gentiles que vivían en aquella región de Palestina, y era manejada á su placer por los príncipes de las familias sacerdotales, y señaladamente por los de la secta de los fariseos, omnipotentes con el pueblo y guías y concitadores de sus pasiones é instintos. Fácilmente podían, por lo tanto, exaltar su patriotismo, y haciéndole olvidar por un momento lo que era Jesús, la santidad de su persona, la bondad y pureza de su doctrina, la fuerza de los milagros, que le acreditaban de enviado de Dios, todos los títulos, en fin, que tenía á ser tenido por el Mesías verdadero, y por el cual le habían pocos días antes aclamado, presentar á Barrabás como campeón de la libertad y de la independencia nacional, defensor de la ley y de las patrias tradiciones, y víctima de la persecución del enemigo extranjero; y no hay duda que presentada la cuestión en este terreno, y de esta manera excitadas y soliviantadas las pasiones, había de ser milagro que la ciega muchedumbre no se inclinase al teocrático demagogo y pidiese á voz en grito la muerte de Jesús.

En esta actitud de incertidumbre del pueblo por una parte, y de excitación de los pontífices por otra, estaba la muchedumbre, cuando vino á pasar un lance, el cual no es para omitido, y que puso en grave aprieto á Pilato y enredar y sobresaltar más su conciencia y meterle en grandes confusiones y dificultades; y el lance fué que teniendo á Jesús presente y estando suspensa la causa de lo que resolviese el pueblo, recibió un recado de su mujer en que le conjuraba que en ninguna manera condenase á aquel justo á quien le habían presentado los sacerdotes, ni tomase parte ni acción alguna en su causa; y la razón que le daba para semejante encargo era que en la noche antecedente había tenido un sueño maravilloso tocante á Jesús, con formas y visiones extrañas, que la habían hecho sufrir mucho y puéstola en extrema inquietud y en muy grande miedo y terror. Ignórase cuál pudo ser este sueño; lo único que cabe asegurar es que en virtud de él la mujer de Pilato estaba persuadida de la inocencia de Jesús, de que su virtud y santidad eran extraordinarias y aceptas á la Divinidad, y de que los que tomasen parte en su condenación no podían menos de aguardar terrible castigo en esta y en la otra vida.

Era Pilato indiferente en religión y muy esceptico en materias intelectuales y morales; pero su escepticismo, como el de otros muchos que hacen alarde de impiedad ó indiferencia, se avenía muy bien con los vanos terrores y con la creencia en sueños y con otras supersticiones por el estilo. Así, el recado de su mujer hubo de ponerle en grandísima turbación, y aun alentar de paso su debilidad para hacer algo en favor de un reo en quien concurrían circunstancias extraordinarias. Estando, pues, en esta disposición, y perplejo y combatido su espíritu de varios pensamientos, y sobresaltado por el recado de la mujer, se adelantó Pilato de nuevo hacia donde estaba reunido el pueblo y les dijo: «¿A cuál de los dos queréis que os libre, á Jesús ó á Barrabás?»

Al hacer Pilato esta pregunta estaba por sí y personalmente persuadido de que la maldad de Barrabás era tan evidente y la inocencia de Jesús tan clara, que puesto el pueblo en la alternativa de escoger la libertad de uno y del otro, había de desamparar al primero y decidirse por el segundo, á pesar de lo que trabajaban contra éste los consejeros del Sanhedrín; así, no pudo menos de quedarse terriblemente sobresaltado cuando apenas hubo hecho al pueblo la consulta, oyó levantarse de todos los ángulos de la plaza un grito frenético que decía: «A Barrabás; no á éste, sino á Barrabás.»

Esta palabra, eco furibundo del oleaje de pasiones que la acción de los consejeros del

Sanhedrín había logrado levantar en la muchedumbre del pueblo, dejó, en verdad, á Pilato de todo punto encogido y asombrado. Desconociendo toda la trama de odios, persecuciones é intrigas que desde hacía tiempo se había estado urdiendo contra la persona de Jesús, no atinaba con la causa que había podido dar origen á aquella voz, que contrastaba evidentemente todas sus ideas y deshacía sus planes de salvar la vida de Jesús; pero habiendo fiado al sufragio popular una vida que evidentemente no debía ponerse en semejante trance, ya no tenía más remedio que cumplir lo que había decretado la tumultuaria majestad del vulgo, usando de los derechos que él mismo le había concedido. Triste, sin duda, hubo de ser aquel trance para Pilato, mas fatal é irremediable dados los antecedentes del caso; así, conformándose con el decreto del sufragio popular, si bien contra su conciencia, no pudo menos de dar suelta á Barrabás, entregándole á sus amigos y valedores, quienes, satisfechos de sí, le sacaron de la cárcel y le pasearon por la ciudad en medio del mayor triunfo y alborozo.

A pesar de este primer desengaño no acababa Pilato de resignarse á la idea de condenar á Jesús á la muerte que con tanto ahinco le pedían sus enemigos. Su inocencia era á sus ojos de todo punto clara y manifiesta, y en conciencia no podía en ninguna manera condenarle. A haber tenido mayor entereza y energía moral, habría hallado, sin duda, en sí fuerza bastante para rechazar de todo punto las injustas exigencias de los enemigos de Jesús; pero débil, y no queriendo tomar en sí esta responsabilidad, antes deseando apoyarse en la misma voluntad del pueblo, que tan mala había sido para él, dirigióse de nuevo á este pueblo, haciéndole esta pregunta: «¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado Cristo?» Y aquí, más y más envalentonada la muchedumbre, y gritando siempre conforme á la orden de los que la guiaban, respondió: «Crucifícale, crucifícale.» «¿Pues qué mal ha hecho?» reponía Pilato, más y más asombrado de aquellos gritos desatinados: «Crucifícale, crucifícale», volvía á gritar la muchedumbre, y cada vez con más rabia y furor.

Admirábase y no acababa de darse cuenta Pilato de la porfiada insistencia del pueblo en pedir la muerte de Jesús, y como lo que pedía contra el santo Maestro era, no una muerte cualquiera, sino la de la cruz, estaba del todo persuadido de que la muchedumbre no obraba ni gritaba por sí, sino instigada por sus perversos consejeros, de quienes había partido la abominable idea. Por esto, queriendo declarar al pueblo lo que ya les había declarado á los príncipes del Sanhedrín sobre la inocencia de Jesús y la sinrazón de pedir contra él semejante castigo, animoso y resuelto levantó la voz y dijo: «Yo no encuentro en él causa ninguna de muerte.» Y á esto la turba, cada vez más loca y enturecida, vociferaba: «Crucifícale, crucifícale.»

La situación del Procurador imperial se tornaba por momentos más crítica, más angustiada y terrible. El partido que afectaba defender no podía ser más santo ni más augusto. La ocasión en que se encontraba era, sin duda, una de las que raras veces se ofrecen para mostrarse en toda su hermosura la energía de una voluntad eficaz para el bien y despreciadora de los temores y vanos respetos de los hombres; y si no muchos años antes había dicho Marco Tulio en el foro romano que era de la dignidad del hombre tener en desprecio, por el bien del Estado, á los tumultos del pueblo judaico que alborotaba en las asambleas públicas de Jerusalén, jamás se halló Gobernador romano en tan bella coyuntura de ganar aquel alto honor como la que tuvo Pilato en presencia de la tumultuaria asamblea reunida en la plaza del Pretorio el día de la solemnidad de la Pascua. Pero ya se ha dicho más arriba que era por demás pedir al Procurador imperial heroicidad semejante. De seguro no faltaba á Pilato la temeridad y arrojamiento, que muchas veces pasa plaza de valor, con que

el que cuenta con el poder de la fuerza hace valer su autoridad oprimiendo á los débiles y á los que no tienen medio de contrastarla, echando gabelas que es imposible soportar, saqueando el Erario público, que está en sus manos, y haciendo otras hazañas y avilantes por este estilo, que muchas veces han dado á los hombres políticos fama de arriscados y valientes; pero faltábale aquella serenidad de espíritu, aquel valor tranquilo y prudente que, inspirándose en los principios morales que brillan en el fondo de la conciencia, sabe tener fuerte contra los poderosos, ó á los que aparentan serlo, y afronta impávido los peligros, y desprecia las amenazas, y arrostra las invectivas antes que ceder á la violencia y hacer traición á la honradez y cruzarse de brazos ante la iniquidad y la injusticia. Fiando al árbitro popular la resolución de la causa de Jesús, había Pilato procedido necia y temerariamente; había puesto en duda y cuestión una causa de cuyo clarísima y evidente. Había dejado al vulgo novelero la decisión de un pleito que había de resolverse, no por el instinto mudable de la opinión, sino por los principios inmutables de la justicia; había hecho ofensa gravísima á la inocencia de Jesús, por él reconocida, comparándole públicamente con un revolucionario y bandolero; y como si no fuesen bastantes tantas temeridades é injusticias, las había exagerado y extremado aún más cuando después de soltar á Barrabás había vuelto á dejar á la elección popular la suerte de Jesús, librando así una causa tan santa y justa al encono y embravecimiento de las más brutales pasiones. Tales desaciertos y desatinos habían de tener su justa expiación y recompensa.

(Se concluirá).

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

SONETOS

CANTOS DE LA BIBLIA

POR



FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

(De las Escuelas Pías).

I

LA CREACIÓN

Del aliento de Dios la tierra y cielo
Al comenzar los siglos se formaron,
Y á la tierra las aguas rodearon,
Como fajas á niño pequeñuelo.

Y era noche; habló Dios, rasgose el velo,
Y hubo luz y los astros fulguraron;
Y el ave, el pez y el bruto se animaron
En los aires y el mar y el verde suelo.

Del limo infecto de la tierra vana
Dios hace al hombre, y lo declara dueño
Del mundo, al darle un alma soberana;

Cierra sus ojos con divino empeño;
Saca del hombre á la mujer ufana,
Y Adán la mira, al despertar del sueño.

II

LA INOCENCIA CAÍDA

—Comed del árbol que el Eterno os veda—
La serpiente les dijo tentadora;—
Que Dios del mal la luz rica atesora,
Y huella al mundo, que á sus plantas rueda.—

Del habla dulce, como el aura leda,
Cautiva la mujer; come traidora
De la fruta vistosa, y seductora
Entre mallas de amor al hombre enreda.

Y Luzbel sonrió: los castos ojos
Tristes del hombre la mujer retiró;
La madre tierra se vistió de abrojos;
Las puertas del Edén cierra la ira
De Dios, y Adán, sintiendo sus enojos,
Trabaja con sudor, y Eva suspira.

III

EL DILUVIO

Rotos los diques de la mar bravía,
Las ondas invasoras rebramaron,
Y ciudades y valles inundaron
Como tinieblas de la noche fría.

Sombra tornóse el deslumbrante día;
Las nubes á torrentes derramaron
Turbias aguas, que fieras desquiciaron
El muro, que á los vientos desafia.

Pulsó el agua del lúbrico las puertas,
Y hasta el monte siguióle en su venganza;
Miró la madre, de las hijas yertas,

Los amantes huir, que el agua azota;
Y mientras cierra Dios toda esperanza
Al vicio, el Arca de los justos flota.

IV

LA TORRE DE BABEL

Y dijo el hombre que las glorias ama:
—Haré una torre, cuya altiva frente
Llegue hasta el cielo, y la futura gente
Cantando irá de mi poder la fama.—

«Y hunde las cumbres de la sierra, y llama
En auxilio las ondas del torrente;
Y audaz la torre, alzándose insolente,
Bebe del claro sol la viva llama.

Lanza el Eterno rayo centellante;
En su lengua la tribu es confundida;
Por el mundo derrámase anhelante;

Ciñe con muros la poblada tierra;
Arma el brazo la envidia fatricida,
Y ronca brama la iracunda guerra.

V

EL PASO DEL MAR ROJO

En las tristes arenas del desierto,
Rota en pedazos la cadena impura,
Fugitivo Israel torpe murmura,
Sintiendo armado á Faraón despierdo.

Mira en el Rojo Mar ansiado puerto
Moisés, y alza la mano bien segura;
Soplan los aires, y la instable hondura
Se abre, dando á Israel camino cierto.

Ruedan los carros del egipcio impío
Sobre la tribu de Judá, y rugiente
Las ondas turba el huracán sombrío,
Dando sepulcro á Faraón potente.

Y allá, elevando un cántico bravo,
Alza á Dios Israel libre la frente.

VI

LA PROSCRITA

Turbios los ojos con el triste lloro,
Gentil, como los sauces de la orilla,
Una hebrea, de encantos maravilla,
Gemía cabe el Éufrate sonoro.

Como avaro ante espléndido tesoro,
Convulso el labio y roja la mejilla,

La lengua torpe, y flaca la rodilla,
 Uu guerrero la daba el plectro de oro.
 —Paloma de Sión, canta hechicera
 Los himnos de tu patria—le decía.—
 Cautiva mis sentidos, extranjera.—
 Y la virgen llorando respondía:
 —¿La cierva ha de jugar ante la fiera?
 Ya cantaré mi libertad un día.

VII

MARÍA

La noche envuelve en su crespón el mundo,
 Y el cieno impuro de la tierra aleve.
 Cúbrela el cielo con cendal de nieve
 Del monte excelso al lodazal inundo.
 Duerme Belén en altivez fecundo,
 Y de un establo entre la paja leve
 Hermoso niño á suspirar se atreve,
 Y ríe el cielo y agítase el profundo.
 Rosa inebriada con su propio aroma,
 Que humilde inclina agradecida frente
 Al limpio arroyo, donde el jugo toma,
 Estática María, reverente,
 Luna que mira al sol que claro asoma,
 Sencilla adora á su Jesús naciente.

VIII

JESÚS

Cárdeno y triste el Redentor expira
 De Israel á los bárbaros enojos:
 El autor de la luz cierra los ojos,
 Y apaga el claro sol la ardiente pira.
 De sangre el pueblo tembloroso mira
 Tefirse el valle, y de matices rojos
 El mar, que ve del justo los despojos,
 Y hasta el monte que treme y arde en ira.
 Sangre en el rostro de Judá se advierte,
 Que en vano lava en el sonante río;
 Sangre el apostol de las manos vierte;
 Sangre la frente del romano impío;
 ¡Oh sangre! ¡Oh Redención! ¡Oh viva muerte,
 Que acaba de la Muerte el poderío!

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
 de las Escuelas Pías.

Las mujeres de los sectarios

VI

LA REINA GOSVINDA

GONOCIDA es aquella célebre frase: «El mundo se encontró sorprendido de verse arriano, después de haber sido cristiano ortodoxo»: arriancs fueron varios emperadores, y casi todos los reyes bárbaros hasta determinada época; Obispos inficionados de esta herejía, se reunieron en Concilios, y tomando una actitud agresiva, persiguieron á los que defendían y querían conservar intacto el depósito de la fe; otros, como el famoso Ulpilas, no administraban el bautismo sin hacer arrianos á los neófitos; en una palabra, tan grande fué el temporal que se desencadenó sobre la Iglesia, que á ser posible, entonces hubiera perecido cuando la desdénaba el imperio y las nuevas monarquías la recibían adulterada.

Cupo á nuestra España ser presa del menos bárbaro de aquellos nuevos pueblos, de los visigodos. Pocas son las noticias que de esta época tenemos en comparación con otras, así posteriores como anteriores, lo que entre muchas causas se debe tal vez al alejamiento en que han estado los pueblos septentrionales, muy particularmente la rama escandinava y los latinos del Mediodía de Europa. Si dinamarqueses, noruegos y suecos hubiesen, como los alemanes, hecho á España objeto de sus investigaciones, hubiéranse podido reunir los anillos de la cadena de la tradición, y algo mejor conoceríamos la época visigoda. Como quiera que sea, en ella encontramos otra de las figuras de nuestra galería, y tal vez la más antipática de todas. Es el tipo de la mujer que, olvidando su misión en la familia, emponzofia la existencia de cuantos la rodean, degrada su condición, y se hace merecedora

del odio de la posteridad, que no ve en sus crímenes circunstancia atenuante de ningún linaje.

Gosvinda era viuda del rey godo Atanagildo, y esposa después de Leovigildo, á quien muchos consideraban, prescindiendo de los anteriores caudillos, como el primer soberano de España. Leovigildo recordaba con su nombre (*Leew, León*), la fuerza del rey de las selvas; él formó la unidad española, debelando á los suevos, ya católicos, gracias á la intercesión de San Martín de Tours, y á la predicación de otro San Martín, que de las lejanas partes de la Pannonia vino á España, y arrojando á los bizantinos de las costas de Levante. Leovigildo se había casado con la hispano-romana Teodosia, de larga estirpe de Santos, teniendo de ella dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. El primero, que hoy veneramos en los altares, había casado con Ingunda, hija de Sigeberto, rey de Austrasia, uno de los varios reinos de los francos. Era católica, y Gosvinda, como dice D. Modesto Lafuente, «*arriana furiosa*». Por eso hizo tan buena madrastra con el inolvidable heredero de Leovigildo, que antes ceñiría la corona del martirio que la de España. En vano Leovigildo mandó á su primogénito á Sevilla; después de varias luchas y engañosas y efímeras treguas, la mano perseguidora de Gosvinda le seguía á todas partes. Y reteniendo en palacio á la pobre Ingunda, vejábala en toda clase de malos tratamientos, peores que cuantos se emplearan con una esclava.

Apenas se creería que, asiéndola de los cabellos, la arrastraba por las salas del palacio de Toledo, y la infería crueles heridas, si no supiéramos lo que puede hacer la rabia de los sectarios. Lafuente dice que Gosvinda «le rasgaba á Ingunda los vestidos y le mesaba los cabellos», y lo mismo afirman todos los historiadores. Lo que sabemos de la historia de Gosvinda se reduce á esta desgraciada persecución; es decir, que los sufrimientos de sus víctimas han esculpido indeleblemente en la historia el nombre de la malvada reina. Hermenegildo hubo por fin de ser vencido, y su padre, que se veía dominado, no sólo por su esposa, sino también por los Obispos arrianos, le condenó á muerte, después de haber visto que el santo príncipe rechazaba los consuelos que le ofrecía para su última hora un Obispo arriano. Así pereció, como otro Bautista de España, precursor de la conversión de nuestros pueblos y del reinado para siempre memorable de su hermano.

Cualquiera creería que con la sangre de Hermenegildo cedería la venganza de Gosvinda; mas no fué así, porque arreciaron los sufrimientos de la inocente Ingunda. Cuáles serían éstos á contar desde la fecha de aquel martirio, nos lo dice el solo hecho de haber tenido que emigrar al Africa, buscando otro clima, como las golondrinas, que al aproximarse el invierno huyen de nuestras moradas. En todo esto verdaderamente no se conoce al gran político Leovigildo, que así dejaba deshonorar su casa y atormentar y proscibir su propia sangre. Y es que sobre la maldad de Gosvinda se descubre en todo esto la ferocidad propia del arrianismo, profundamente arraigado entre los bárbaros. Es un problema de nuestra historia si Leovigildo murió ó no católico, porque unos lo afirman y otros lo niegan; de manera que D. Modesto Lafuente opina que no puede pasar de conjetura cuanto se dice sobre punto de tal importancia. Los cuñados del rey, San Leandro y San Isidoro en la Península, y San Fulgencio desde el Africa, no dejarían de trabajar toda la vida y con todas sus fuerzas en la conversión del rey; pero la Providencia, en sus inexcrutables designios, tal vez no querría premiar sus trabajos. Obsérvese que el historiador San Isidoro no cuenta la sangrienta catástrofe de su sobrino Hermenegildo; y hay quien opina que no lo haría por no empeorar la situación político-religiosa de la patria. Recaredo trató, cuando por fin ascendió al trono, de dulcificar la suerte de Ingunda; pero ya se había colmado para ella la medida de las penalidades.

Atiendan nuestros lectores al tipo de Gosvinda, porque en nada se parece á los que hasta ahora han aparecido en nuestros cuadros. Ni la ambición ni la liviandad la hicieron criminal; nada podía ganar persiguiendo á la familia de su esposo; y antes

bien, en caso de quedar viuda, hacía más deplorable la suerte siempre lastimosa de las cónyuges de los reyes en la corte visigoda. La corona se iba convirtiendo, no por ley, sino por costumbre, en hereditaria, y era de creer que tantos crímenes encontrarían su condigno castigo en el sucesor de Leovigildo. A pesar de todo el fanatismo propio de los sectarios, convirtió á la reina en verdadera madrastra, en un tipo de fiera tal, que no hubiera estado mal al lado de aquella dinastía de monstruos que se sucedieran en el romano imperio. Sin pudor alguno, sin considerar lo que se debía á sí misma la corona, sin temer el castigo del gran guerrero que se llamaba su esposo, ciega de ira, hace con su pobre nuera lo que no hubiera hecho con una de sus esclavas. Ahora sí que podríamos decir con Lucrecio, llamando herejía lo que él religión:

«*Tantum religio potuit suadere malorum!*»

¡Cuántas veces se ha dicho que la familia no puede existir con todos sus caracteres mientras no se postren sus individuos ante el mismo altar y tengan la misma profesión de fe en los labios! ¡Con qué razón, siempre que de libertad de cultos se ha tratado, se ha ofrecido como argumento contra la misma esa disolución del vínculo familiar producida por la relajación de los religiosos! Se dirá que los pueblos de nuestros días no son los bárbaros recién establecidos en Europa; mas aunque no tengan su rudeza, pueden participar del fanatismo de algunos, y seguramente no participan de la fe de otros.

El espíritu de los sectarios jamás se desmiente, y para él no hay épocas distintas; como que no se arriente, ni se enmienda; puede, sí, enmascararse, pero fácilmente se le arranca el disfraz, y tampoco es difícil dejarlo enclavado en la picota.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

Las madres «fin de siglo.»

No podía ser más desconsolador el cuadro. En la alcoba, una mujer joven que exhala el último suspiro; tres niños, el mayor de siete años, reunidos en un rincón de la sala, con la boca entreabierta, sin atreverse á chistar, mirando á todas partes, presintiendo una gran desgracia; los pocos muebles que había en la casa, todos en desorden; sobre una cómoda, un marco de madera pintada de negro, encerrando una estampa de la Virgen de la Paloma, alumbrada por dos lamparillas; encima de la mesita de noche, entre frascos de medicinas y cajas de píldoras y potecillos con unturas, un crucifijo de talla; sentada al pie de la cama, una sombra de criatura humana, teniendo sus ojos clavados en el rostro de la moribunda, como si le tardara que ésta acabase de existir; junto á la cabecera, de pie, un hombre correctamente vestido, conteniendo la respiración para no turbar en su última hora á la infeliz que se moría sin remedio; y ennegreciendo más el cuadro, la sucia claridad de una tarde que acaba entre nublones, penetrando por el balcón, abierto de par en par, para que á la enferma no le faltase aire puro en la mísera estancia donde terminaba su vida.

El médico primero, y el Sacerdote después, habían llenado sus deberes; aquél, apelando á la ciencia para vencer á la enfermedad; éste llevando los consuelos de la Religión al ánimo de la enferma.

Nada quedaba por hacer; el momento supremo se aproximaba, cuando los niños rompieron en sollozos; ni las amonestaciones ni las caricias del hombre correctamente vestido bastaban á contener aquel llanto.

Sonó un campanillazo; la sombra de criatura humana que estaba sentada al pie de la cama se levantó bruscamente, saliendo precipitada para abrir la puerta de la mísera morada, y momentos después, un caballero entrado en años, pero fuerte y robusto, se vió rodeado por las tres criaturas, que no cesaban de llorar.

El caballero, llevando por delante al mayor de los niños y de la mano á los otros dos, penetró en la alcoba.

BELLAS ARTES

Fijó primero su vista en la enferma, que se moría; luego le limpió con su propio pañuelo el frío sudor de que tenía empapada la frente, y repitió esta frase:

—¡Magdalena, soy yo, tu tío Joaquín!

Hizo un supremo esfuerzo la moribunda, y con mucho trabajo balbuceó esta frase:

—¡Mis pobres hijos!

Y no habló más.

* * *

En reducido gabinete, sentados ambos, se hallaban D. Joaquín, apoyando el codo sobre un velador y la frente en la palma de la mano, y el hombre del vestido correcto, acariciando con los dedos un dije pendiente de la cadena de su reloj; de los tres niños, el menor apoyábase en el muslo izquierdo de su tío, y los otros dos permanecían de pie, con los ojos desmesuradamente abiertos, como interrogando á los personajes que tenían delante.

Aquel penoso silencio lo interrumpió D. Joaquín.

—¿Qué ha pasado aquí, Juan?—preguntó, dirigiéndose al hombre que estaba correctamente vestido.

No acierto á explicarme cómo acaba de morir Magdalena rodeada de tanta miseria—siguió diciendo.

Con la renta mensual que le asigné cuando perdió á su marido, había de sobrarle para vivir con holgura, y aquí sólo se ven señales de pobreza.

Para atender á los gastos de enfermedad, tengo enviadas sumas considerables, que seguramente han sido invertidas de mala manera.

Explícame, Juan, explícame qué ha pasado aquí.

—Pues nada más sino que Magdalena ha sido víctima de las exigencias sociales...

—¡De las exigencias sociales!—interrumpió don Joaquín.

—Sí, tío; la sociedad en que vivimos es muy exigente, y no hay mas remedio que someterse á su yugo...

No le dejó continuar D. Joaquín, y el silencio reinó nuevamente en la casa.

* * *

Las disposiciones de D. Joaquín quedaron ejecutadas prontamente.

El cuerpo de Magdalena, encerrado en modesta caja, yacía en el suelo, sobre una bayeta negra, extendida en el centro de la salita.

Cuatro cirios, dos á cada lado del cadáver, y las dos lamparillas encendidas ante el cuadro de la Virgen de la Paloma, llenaban la reducida estancia de triste claridad.

Por su propia mano había puesto D. Joaquín á la cabecera de la caja el crucifijo que estaba sobre la mesita de noche, y así quedó la salita convertida en cámara mortuoria.

Aquel sencillo aparato correspondía á la miseria humana y á las enseñanzas de la Iglesia, mejor que el conjunto formado por las camas imperiales y los blandones y las colgaduras franjeadas de plata, que son manifestaciones de la vanidad de los vivos, á las que sirven de pretexto los que dejaron de existir.

No consintió D. Joaquín que nadie le relevase en la obra piadosa de velar el cuerpo de Magdalena, y permaneció allí toda la noche, orando la mayor parte del tiempo por aquel sér tan querido.

En la soledad que le rodeaba, D. Joaquín recordó todos los accidentes de la vida de Magdalena.

Habíala recibido en sus brazos cuando acababa de nacer, y fué él quien recogió su último aliento.

Por causa de aquella criatura había sostenido con su hermano muchos altercados.

Siempre le pareció que la educación que recibía Magdalena no era la más apropiada para prepararla á ser buena madre.

Echaba de menos en la niña el sentimiento religioso, base firmísima de la familia y de la sociedad, y cuando en uno de los frecuentes viajes que hacía



LA SACRA FAMILIA (cuadro de Guido Reni).

para verla se la encontró convertida en mujer, experimentó un gran pesar.

Parecíase Magdalena á una de esas figuritas de *biscuit* que admiramos en los escaparates, y que el comprador no se atreve á tocar, temeroso de que se le haga pedazos entre los dedos.

Aquel cuerpecito, cubierto de telas finísimas, tenía por remate una cabeza en la cual no se habían imbuído otras ideas que las del lujo y la vanidad; desconocía por completo la gentil doncella el modo de gobernar una casa, pero sabía el nombre del mejor *modisto*, y tenía noticia del color de las telas traídas del extranjero como última novedad.

Para ella no había más ocupación en el mundo que la de asistir al teatro y á los paseos, hacer visitas y exhibir sus galas y sus adornos en los templos, cuando se celebran esas fiestas soberbias que tienen más de profano que de religioso.

Allí no atendía al concepto expresado por el orador desde la cátedra sagrada, sino á la forma en que aquél lo exponía, y desentendiéndose de la grandiosidad del culto que no acertaba á comprender, fijábase en si la orquesta ejecutaba con precisión un pasaje, y en si el cantante de fama contratado para hacer más suntuosa la solemnidad interpretaba bien ó mal la parte que se le había confiado.

Echábaselas de entendida en materia de arte, sin tener más de artista que el sentido estético propio de la naturaleza misma de la mujer; y nada más poseía la criatura aquélla, como no fuera una suma inmensa de vanidad.

Aquel corazón no encerraba ninguno de esos afectos que hacen de la mujer un ángel, y á don Joaquín le dió miedo aquella criatura tan bonita y marisabidilla.

Expuso á su hermano la necesidad de preparar á Magdalena para que pudiera ser buena esposa y buena madre, y sus observaciones fueron recibidas con sonrisa compasiva.

¡Vaya con las ideas que se traía el buen hombre! Eso de atender al gobierno de la casa y al cuidado de la familia, son cosas que pasaron de moda. ¿Para qué están los criados? A estos se les dice cuánto se ha de gastar, y ellos se arreglan; la señora es necesario que esté siempre dispuesta para recibir visitas ó para asistir á este ó al otro sitio.

No pudo conseguir D. Joaquín que se enmendara el yerro cometido en lo tocante á la educación de Magdalena, y no estando ésta preparada para

llenar cumplidamente sus deberes, se unió en matrimonio á Pepe, el hermano del caballero correctamente vestido, y sucedió lo que fatalmente había de suceder.

Lo que á Pepe le producía su bufete de abogado apenas si bastaba á cubrir las necesidades que se creó el matrimonio; consumíase en lujo la parte más saneada de los ingresos, y cuando llegó el primer hijo fué necesario contraer la primera deuda; luego vinieron los otros dos, siendo recibidos como calamidades enviadas por la Providencia.

En la lucha sostenida dentro del hogar para no presentarse como derrotado por sus propios desaciertos, sucumbió Pepe, dejando á Magdalena en situación tristísima, sin un objeto de valor del cual pudiera echar mano, acosada de acreedores, y sin más amparo que el que quisiera prestarle su tío.

Este no se hizo esperar; pero la renta por él señalada no bastaba á cubrir los gastos de aquella mujer, siempre alentada por su cuñado Juan, el caballero correctamente vestido.

Decíale aquél que es necesario no rehuir las exigencias sociales, y que éstas demandan sostener el rango en que cada cual se ha colocado.

Siguiendo al pie de la letra el consejo, Magdalena gastaba más de lo que podía gastar; contrajo deudas como las había contraído el padre de sus hijos, y los acreedores, para cobrar con creces lo que la habían prestado, apoderáronse en un solo día de cuanto hallaron á mano.

Corrió con rapidez la noticia del embargo verificado; Magdalena se encontró con que sus mejores amigos le volvían la espalda, y en su propia vanidad y en el orgullo mismo que la dominaba, tuvo la infelíz el mayor de los tormentos imaginables.

Reducida como se halló á vivir modestamente, pudo hallar en el cariño de sus hijos y en la resignación cristiana el consuelo de que estaba tan necesitada; pero no sucedió así, porque ambas cosas eran para ella desconocidas.

Sólo en los últimos instantes de su vida, cuando el sacerdote reemplazó al médico al lado de la enferma, oyó ésta frases de consuelo, conceptos dulcísimos que sirvieron para que, siquiera por breves momentos, viviera en paz consigo misma.

Dios se apiadó de aquella criatura despreciada, víctima de la mala educación que había recibido, y le concedió el placer supremo de gozarse en sus afectos de madre; y así acabó su vida, pidiendo protección para sus hijos.

Aquí llegaba en sus reflexiones D. Joaquín, cuando Juan penetró en la fúnebre estancia.

Amanecía en aquellos momentos, y los niños, como exaltados por la claridad del día, saltaron del lecho llenos de sobresalto.

A la vista del cuerpo inanimado de su madre rompieron en sollozos, y fué necesario que Juan los sacase de allí.

Momentos después penetraba D. Joaquín en el gabinete donde se hallaban Juan y los tres huérfanos.

Era desconsolador el cuadro que ofrecían aquellos seres.

—¡Oh! los deberes sociales y el bien parecer ¡cuántas víctimas hacen!— exclamó Juan, como si con estas palabras pusiera término á una serie de reflexiones.

—¡Los deberes sociales! ¡el bien parecer!— repitió D. Joaquín.

Ni los unos ni el otro, según los entiendes tú y los entendieron mi hermano y el tuyo, están conformes con lo que dicta la razón apoyada en los preceptos religiosos.

Vivís para los demás, y no para vosotros mismos; de la mujer hacéis un objeto de lujo, educándola para que brille en el mundo, cuando su misión es la de iluminar con suave claridad la morada en donde ha de encontrar reposo su marido y sus hijos sublimes enseñanzas.

¿Qué resultados ha de dar un proceder tan desatentado?

En la estancia contigua está el ejemplo de lo que es una madre *fin de siglo*, como llamáis á las que no son madres más que por la naturaleza; preparándose para brillar entre sus amigos, arruinó á su padre; luego acibaró la existencia de su marido, acelerando el término de su vida, y ha terminado ella misma después de sufrir el tormento de verse humillada en su vanidad y en su orgullo, dejando tres criaturas abandonadas.

CARLOS AMER.

ESTAR DE MÁS

RELACION

POR

FERNÁN-CABALLERO

(Continuación)



El día siguiente todos, menos D. Sebastián, que no salta de sus costumbres, emprendieron su paseo.

A corta distancia del pueblo, la senda se abría camino por medio de un hermoso pinar.

Blanca, al hallarse bajo las bóvedas que formaban los derechos y altos pinos en aquella opaca luz, pisando la grama, yerba que crece poco y se extiende mucho, formando una blanda y fresca alfombra para el pie, exclamó encantada:

—¡Oh, Ramiro, qué bello y solemne es este lugar! Me parece entrar en una iglesia formada para adorar á Dios.

—Pues poned atención, respondió el interpelado, al dulce y grave sonido que forman las barbajas de los pinos.

Suave y plañidera descendía esa voz de los pinos de aquellas bóvedas, sin poder discernir su lenguaje, pero comprendiendo que algo vivía y sentía en aquel pausado movimiento y dulces voces.

—Esto, dijo Ramiro, suena al oído y hace sentir, exactamente como lo hace el lento movimiento y el sonido de las olas de la mar. La mar, con su inefable encanto, que ensancha el alma; la mar, terrible en sus iras, pero en su calma, ¡cuán seductor! Aquéllas hablan de lo infinito, de lo insondable; éstos árboles de la altura y de la pureza de otra atmósfera.

Ramiro se quedó absorto, la vista fija, el oído atento, hacia las bóvedas que á gran altura se alzaban.

Blanca, no acostumbrada á pasear, se sintió cansada y se sentó al pie de un pino, y al verse des-

atendida por su compañero, inclinó la cabeza sobre el pecho. Pocos instantes después estaba Ramiro á su lado y le decía:

—¿Qué tenéis, Blanca?

Ella contestó:

—Tengo celos de la mar.

—¿De la mar?

—¿No los tenéis vos de las flores?

—¿Y sabéis vos lo que son celos, Blanca?

—Sí; dice Hartzzenbusch, en su pieza *La duquesita*, que son envidias de amantes; pero yo digo que no es envidia, sino el dolor que causa una separación, aunque sea pasajera. Mientras estáis en la mar, no estáis conmigo. El amor no es envidioso, pero sí es egoísta.

—¡Oh, Blanca! exclamó Ramiro enajenado. ¡Repíteme esas palabras, para que tenga la dicha de volverlas á oír! ¡Oh, Blanca! ¿Eres tú tan feliz como lo soy yo?

—Sí, siempre que no os oiga hablar de la mar.

—¿Quién habla de la mar ahora? dijo doña Carmen, que llegaba con los señores.

—Ramiro, respondió Blanca, el que dice que la mar tiene inefables seducciones.

—Vamos, que mi hijo está borracho de mar como otros de vino. Mi madre (q. e. p. d.) decía que el campo era para los lobos, y yo digo que la mar es para los tiburones.

—Vamos á la ermita, dijo Blanca levantándose y siguiendo la senda que en aquel paraje torcía á la derecha y conducía al pie de una altura, en cuya cumbre se levantaba una pequeña ermita. Esta se componía de tres frentes de paredes de mampostería, y el cuarto, que daba al camino, lo cerraba una verja de hierro. Al frente estaba el altar, cuyo retablo lo formaba un cuadro pintado al óleo, que representaba al Señor coronado de espinas y con la cruz en los hombros. Debajo del cuadro había un letrero que decía:

*El que quiera venir en pos de mí,
tome su cruz y sígame.*

—Este dulce llamamiento es á los que tienen cruces, dijo Blanca cuando hubieron llegado.

—Habla con todos, pues todos debemos seguir á Jesús, dijo Ramiro.

—Es cierto, repuso Blanca; pero los que tienen cruces están más cerca del Señor.

—Es que todos tenemos cruces.

—No llaméis cruces á las que no lo son. No son cruces las que nos forjamos con nuestras propias manos. Las cruces verdaderas son las que nos manda Dios. Vamos, Ramiro, ya que no la tenemos, á rogar al señor que cuando sea su santa voluntad enviárnosla, la llevemos, pues así nos lo manda, con resignación, siguiendo el ejemplo del divino Maestro. Complacéme, Ramiro, y uníos á mí en esta santa súplica.

—Yo me uno á tí en todo, Blanca mía, pues sé que así me uno á todo lo bueno.

Ambos se arrodillaron; Ramiro bajó la cabeza y apoyó su frente en los barrotes de la reja. Blanca levantó la suya, cruzando sus manos, fijando sus puros y dulces ojos en la imagen del Señor, y después de un rato de recogimiento y de oración, dijo en voz alta:—Señor: aquí, postrados á tus sagrados piés, hacemos voto, si el destino que tú riges nos depara en lo sucesivo alguna cruz, de acudir á tu llamamiento y seguir en pos de tí con humilde resignación, por pesada que sea.

—Me agregó á esta súplica y á este voto, dijo á espaldas de los jóvenes arrodillados una voz grave y profunda. Los jóvenes se volvieron sorprendidos y vieron al Doctor, enviado por doña Carmen, que les dijo que, cansada como estaba, no podía subir la cuestecita, y los aguardaba sentada en el pinar.

La boda se verificó sencilla y modestamente, y sin concurrir más que las dos familias y el Juez, pues el Doctor había tenido (según él decía) que concurrir á un congreso médico á una capital lejana.

Más fácil es comprender que describir la felicidad de los recién unidos; felicidad que era la más cumplida, pues en amarse unían el más dulce de los placeres con el más santo de los deberes, que ésta es la más exacta de las infinitas definiciones

que se han hecho de la felicidad. Mas algo había que, cual ligero vapor, venía á enturbiar la pura atmósfera de esta felicidad, y era los constantes y repetidos ruegos con que su madre y Blanca hostigaban á Ramiro para que dejase su carrera. Esta insistencia fatigaba á Ramiro, que era tan tierno y condescendiente hijo como marido, pero que tenía firmeza de carácter y estaba decidido á no abandonarla, así por convencimiento como por inclinación.

—Blanca, le dijo un día su padre, que presenciaba con disgusto el malestar que estos altercados causaban á Ramiro; Blanca, te casaste por tu voluntad sabiendo que Ramiro era marino, y para que renuncie á serlo estás abusando de tu influencia sobre su corazón, queriendo decidir en un asunto que es exclusivamente de su competencia. Caso que, si cediendo á tus apremiantes ruegos, te complaciera, sería para llenar su vida de arrepentimiento y la tuya de remordimientos de haberlo exigido. La influencia de la mujer debe tener por base la prudencia, á cuya voz nunca se arrepiente el hombre de haber cedido. ¿Cómo te atreves, niña sin mundo, á querer cortarle la carrera que ama tu marido?

Blanca, que, como hemos dicho, tenía los mayores encantos de una joven, esto es, la dulzura y la docilidad, bajó la cabeza, y desde aquel día no volvió á insistir en sus ruegos.

El tiempo es como el azogue: mientras más se le quiere retener más ligero se escurre. El de la licencia de Ramiro llegó, y aunque pidió prórroga, la respuesta que recibió fué el nombramiento de comandante del *Neptuno*, que debía partir inmediatamente para las islas Filipinas. No pudo, no obstante el placer del ascenso, mitigar el dolor de la despedida, aumentado por el que partía el corazón de su mujer y su madre.

Así fué que cuando después de dos meses de ausencia regresó el Doctor, halló la casa de sus amigos, poco antes tan dulce y alegremente feliz, entregada al más amargo desconsuelo.

—¡Mi mujer y mi hija, le dijo D. Ignacio, no hacen más que llorar; lo preví, lo advertí, no se me hizo caso, y ya se están tocando los resultados! ¡Las menos á propósito para mujer y suegra de un marino son mi mujer y mi hijal! ¡Bajo buenos auspicios empieza el embarazo de Blanca! Y si esto sigue se desgraciarán la madre y la criatura.

—No tema usted, D. Ignacio, repuso el Doctor las lágrimas no influyen en la salud. Su hija de usted está muy bien constituida, parirá con felicidad, y la dicha de ser madre secará sus lágrimas.

La vida de las personas de que nos venimos ocupando había vuelto á su anterior monotonía, pero sobre ella se había extendido un crespón fúnebre, que si bien lo atravesaba un luminoso rayo de esperanza, era tan lejano que no alcanzaba á disipar su sombra.

Pasaron los meses de duelo, así como habían pasado los de felicidad, como pasan las agujas en las esferas de los relojes, inalterables, sin cuidarse el péndulo de los deseos de los unos, que desean retener, y de los otros, que desean acelerar sus movimientos.

Por fin llegó una carta fechada en Manila, donde había llegado Ramiro con felicidad. Esta carta, escrita con inefable ternura, hizo asomar una sonrisa, en medio de las lágrimas, á Blanca.

Esta se apresuró á contestar, y al concluir su carta decía: «Por el bien de nuestro hijo, que en mi seno me avisa de mirar por él, paseo todas las tardes con mi padre y sus amigos; el blanco de estos paseos es siempre la ermita del Señor, el que muy pronto me ha puesto en el caso de cumplir el voto que á sus piés hicimos, y todas las tardes le digo: «Señor, con resignación llevo la cruz y te sigo.»

Ramiro le prometía escribirle por cuantas ocasiones se le presentasen; pero llegaron varios correos sin que trajesen las anunciadas cartas.

—No es de extrañar, decía su padre á la angustiada Blanca; ¿no te anunciaba que en breve tendría que salir de aquel apostadero con una comisión?

Un día leyó el Doctor en un periódico la siguiente noticia, fechada en Manila: «El vapor de guerra *Neptuno*, que salió de aquí con una comisión hace algunos días y ya debía haber regresado, no lo ha

hecho, y esta tardanza está causando ya bastante alarma.»

Por fortuna, este periódico no era el que recibía D. Ignacio, y el Doctor calló por no alarmar á su familia, y permaneció en la más triste incertidumbre.

Su corazón se oprimió cuando, pasados unos días, leyó en el diario que recibía:

«Escriben de Manila: «No era, por desgracia, infundada nuestra alarma tocante al *Neptuno*. Un barco de guerra inglés, que acaba de llegar trayendo el mismo rumbo que llevó el *Neptuno*, ha visto en alta mar la quilla de un barco que necesariamente volcó uno de esos horribles huracanes que han asolado últimamente este archipiélago, y que no puede ser otro que el *Neptuno*. En semejante catástrofe han tenido forzosamente que perecer todos. El mayor interés lo inspira su joven comandante, brillante oficial tan querido y estimado de sus compañeros como de todos cuantos lo han tratado.»

El Doctor sintió su corazón tan oprimido y su cabeza tan perturbada que no supo qué hacer. Pero pronto se serenó, según su costumbre; tomó su sombrero y se fué en casa del cura.

Para fiestas, alegrías y regocijos no se piensa en los curas, pero en los males y desgracias lo primero que se hace es acudir á ellos.

—Aquí me trae, señor cura, dijo el Doctor, el tener que comunicarle una terrible catástrofe.

—¿De qué se trata? preguntó alarmado el cura.

—Ramiro Estrada ha muerto, contestó el doctor.

—¡Dios le haya cogido en buen hora! exclamó consternado el cura.

—¡Pobre doña Carmen! ¡Pobre Blanquita! añadió el Doctor, que refirió al cura lo que trata el periódico, y le dijo que venía á combinar con él el modo de dar la noticia á los padres y ocultársela á Blanquita, que estaba en vísperas de su alumbramiento.

(Se continuará).

NOTA

Por error de colocación se cambiaron en el número anterior los títulos de los grabados Palacio Petrópolis en Río Janeiro y Convento de Loyola, siendo Convento de Loyola el de la página 356 y Palacio Petrópolis el de la 365.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

El autor del jabón del Congo, Víctor Vaissier, proveedor en título de S. M. el Rey de los Belgas, de S. A. el Rey de Tunis, etc., recomienda á su numerosa clientela pidan en todas partes los Polvos Congolanos, adherentes é invisibles, y el Extracto del Congo, perfume exquisito para el pañuelo.

Diez meses de sufrimientos en un hospital.

Hace mucho tiempo que se viene diciendo que los médicos echan drogas que conocen poco en cuerpos que conocen menos. Esto tiene de verdad y de mentira al mismo tiempo. Hay abogados buenos y malos, como hay médicos buenos y malos. La dificultad con los señores médicos, como profesión, es que están muy unidos y que suelen tener muy buena opinión de sí mismos. No les gusta que los derroten en su trabajo personas extrañas que no han estudiado medicina. Con la falta de éxito pagan muchas veces el rehusar aprender, á menos que el maestro esté marcado con el sello del contraste.

El Dr. Brown Sequard, eminente médico de París, establece este hecho perfectamente cuando dice: «La Facultad está tan envuelta en su propia confianza y orgullo, que permite á personas extrañas que recojan los diamantes de las verdades científicas.»

Vamos á dar un ejemplo muy interesante, que demuestra esta importante verdad.

El vapor *Concordia*, de la línea Donaldson, salió de Glasgow para Baltimore (América) en 1887, llevando á bordo como fogonero á uno que se llamaba Richard Wade. Había sido catorce años en varios buques de la carrera de América, China y la India. A pesar del trabajo fuerte y aniquilador, se había conservado robusto y saludable. En el viaje de que nos ocupamos, empezó á sentirse débil y enfermo por la primera vez. Le faltaba el apetito, se sentía pesado, le daba flato, tenía mal gusto de boca, estreñimiento é irregularidades. Algunas veces, durante el trabajo, le daban mareos, que atribuía al calor de los hornos. Frecuentemente sentía fatigas y le parecía que iba á vomitar; todo esto acompañado de dolores de cabeza. Durante el viaje se puso peor, y cuando el buque llegó á Halifax tuvo que quedarse en el Hospital Victoria, yéndose el buque sin él. El médico residente le dió unos polvos para parar el vómito, y al día siguiente el médico principal le recetó una medicina que había de tomar cada cuatro horas. Antes de dos días Wade se había puesto tan malo, que fué preciso dejar de tomar polvos y medicina. Pasó un mes, y el pobre fogonero cada vez estaba peor.

En esto se presentó otro médico, que había de ser el principal durante cinco meses. Recetó nuevas medicinas, que no dieran gran resultado. Todo este tiempo el Sr. Wade sufría mucho; no digería nada, vomitando todo lo que comía. Tenía muchos dolores de vientre, la garganta muy ardiente, flato y dolores de cabeza. El enfermo tomaba una bebida cada cuatro horas, unos polvos después de cada comida para ayudar la digestión, una píldora purgante todas las noches, y dos píldoras atemperantes todas las noches para evitar los sudores fríos. Si las medicinas habían de curar, Wade se figuraba que las estaba tomando en cantidad suficiente. Todo lo contrario. Se presentó pleuresía, y después de sacarle del costado derecho noventa onzas de materia, los médicos le dijeron que se moría infaliblemente. Pasaron otros cinco meses, y se cambiaron de nuevo los médicos principales. El nuevo médico le dió una bebida, que Wade decía le hacía temblar como la hoja del árbol.

En este estado, la sangre escocesa de Wade se dió á conocer. Se obstinó en no tomar más medicinas, diciendo á los médicos que si se había de morir lo mismo era tomarlas que no tomarlas. Para entonces, un vaso de leche que tomara, se le agriaba en el estómago, en donde permanecía días y días. Nuestro amigo estaba como un barco perdido sobre un bajo haciéndose pedazos. Dejaremos que dé á conocer lo demás de su experiencia en las palabras que empleó al comunicarlas á la prensa:

«Cuando las cosas habían llegado á este estado, se presentó en el hospital una señora á quien no había visto nunca, y estubo hablando conmigo. Ella ha sido un ángel de misericordia y sin ella no estaría yo ahora vivo. Me habló de una medicina llamada Jarabe curativo de la Madre Seigel, y al día siguiente me trajo una botella. Empecé á tomarla, sin preguntar á los médicos, y unos cuantos días después me había levantado de la cama y quería almorzar huevos con jamón. Desde entonces, siguiendo con el gran remedio de la Madre Seigel, fuí mejorando, y pronto pude salir del hospital y volver á Glasgow. Ahora me siento como si perteneciera á otro mundo y no tengo enfermedad alguna.»

Los hechos que han precedido se han contado con calma é imparcialidad, y el lector formará de ellos la opinión que le merezcan. No creemos prudente publicar nombres, aunque el Sr. Wade nos los ha dado. Su dirección es 244, Stobcross Street, Glasgow, Escocia, á donde puede escribirsele.

EL REDACTOR.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Banco de España

Resultando que el término medio de la bonificación hecha por el Banco á los cupones del vencimiento de 1.º de Enero próximo, correspondientes á los títulos de Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y á los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, ha sido el de catorce y ochenta céntimos por ciento, el Consejo de gobierno ha acordado, conforme á la regla 7.ª del anuncio publicado con fecha 28 de Octubre último, que los referidos cupones que queden depositados ó dados en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales, se abone con la bonificación expresada.

En su consecuencia, desde el día 20 del corriente se abrirá el pago de los mencionados cupones on la bonificación señalada, correspondientes á los títulos de Deuda exterior, y desde el 26 el de los de billetes hipotecarios de la isla de Cuba, previa presentación de los respectivos resguardos, depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Madrid 16 de Diciembre de 1892.—El secretario general, Juan de Morales y Serrano.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpellier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellan. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologuista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

COLÓN Y LA RABIDA

POR EL

M. R. P. F. José Cell

FRANCISCANO

Las noticias que atesora este libro hacen muy agradable su lectura, y es indispensable para todos los que se interesan por el Centenario del descubrimiento de América.

Consta de un volumen en 8.º de 30 páginas, y se vende en casa de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, á 2,50 pesetas.

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte e incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 8

1892

Fábrica de Guantes

J. F. IRUMBERRI

Gran surtido en guantes para señores Obispos, Sacerdotes y colegiales.
 Única casa en Madrid dedicada á este artículo.
 Guantes piel primera clase, tres botones, á 2 pesetas.
 Idem bordados, á 2,50.
 Para caballero, superiores, á 2,50.
 Especialidad en guantes piel de caballo, cabrito, Suecia, gamuza y lana.
 Corbatas última novedad.

CALLE DE FUENCARRAL, NÚM. 7

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina

Recomendados por la Real Academia de Medicina

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de INDISPOSICIONES del TUBO DIGESTIVO, VÓMITOS y DIARREAS, de los TÍFICOS de los VIEJOS; de los NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERÍA, VÓMITOS de las EMBARAZADAS y de los NIÑOS; CATA-



RROS y ÚLCERAS del ESTÓMAGO; PIROXIS con ERUPTOS FÉTIDOS; REUMATISMO y AFECCIONES HÚMEDAS de la PIEL. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público; tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA en las PRINCIPALES FARMACIAS.--DESCONFIAR de las IMITACIONES

MONTERA 23

RELOJES DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD

Sucesor de Losada.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD

en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería; elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en CERAS PURAS DE ABejas para el Culto católico, y con buenas mezclas, de varias clases y precios.
 BLANQUEO DE CERAS en gran escala, puras, sin mezcla.
 CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, Parafina, Estearina, etc., etc.

FABRICA DE BUJIAS

ESTEÁRICAS Y TRANSPARENTES, BLANCAS Y COLORES de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas de mensionos.
 Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar
 Princesa, 40 SALVADO Y SALA Barcelona
 Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis

LA ARTISTICA

Calle del Caballero de Gracia, 8

ESTAMPERIA

Novedades en todo género de estampas en grabado, fotograbado, litografía, fotografía, etc., de las principales casas del extranjero. Especialidad en asuntos religiosos.

IMÁGENES TALLADAS

Se reciben encargos garantizando su buena ejecución.



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

en instrumental de cirugía, fisiología, diagnóstico, óptica, higiene, ortopedia, antisépticos, vendajes, gomas, sillones y mesas de operar, y para imposibilitados, é inmenso surtido en artículos de curación. Procedencias acreditadas.
 Especialidad en el tratamiento herniario por medio de vendajes, bragueros y fajas de gran comodidad, sistema «Altimiras», altamente recomendables por la ciencia médica.

Proveedor de clínicas y Hospitales del reino

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.— TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
 34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.
 OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

FÁBRICA DE CORDONERÍA Y PASAMANERÍA

DE VICENTE GARCIA MUSTIELES

(SUCEOR DE PÉREZ)
 CALLE MAYOR, NÚM. 50
 MADRID

Flecós, agremanes, borlas y alzapaños en todos estilos. Especialidad en toda clase de obra para iglesia y flecós de maderas en estilo antiguo.
 Se sirven los pedidos con toda prontitud.